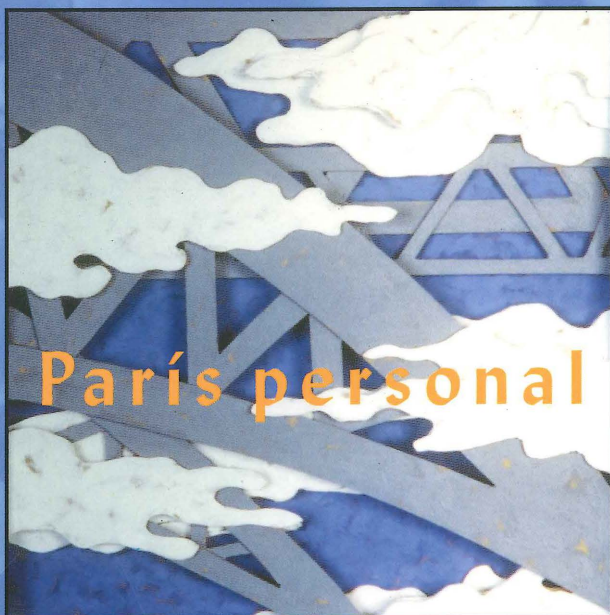


MARCO GARCÍA FALCÓN



Serie Ficciones NARRATIVA



## París personal

---

Serie Ficciones NARRATIVA

---

MARCO GARCÍA FALCÓN

# París personal



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2002

*París personal*

Primera edición: junio de 2002  
1000 ejemplares

Dirección editorial: Dante Antonioli D.  
Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.  
Diseño de cubierta: Fondo Editorial de la PUCP

© Marco García Falcón, 2002  
Derechos exclusivos en Perú

© 2002 de esta edición:  
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia, 1164  
Lima 1 - Perú  
Teléfonos: 330-7410, 330-7411  
E-mail: <feditor@pucp.edu.pe>

Imagen de la cubierta: relieve escultórico en  
técnica mixta realizado por Haroldo Higa  
Fotografía de la imagen de carátula:  
José Carlos Martinat

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por  
cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso  
expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-4715  
Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2274

Impreso en Perú - Printed in Peru

*Este libro está dedicado a mis padres,  
Daniel y Graciela, a mi hermana Fabiola,  
y a la memoria de Miguel Kudaka y*

*Óscar Mavila.*



*Había de pasar muchos años en París, unido a esa melancólica ciudad por los lazos de mi vida de escritor ruso. En París, nada tenía entonces ni tiene ahora el hechizo que cautivaba a mis compatriotas. No pienso en la mancha de sangre sobre la piedra más oscura de su calle más oscura: eso es algo hors concours en materia de horror. Solo quiero decir que París, con sus días grises y sus noches negras, era tan solo para mí el ocasional escenario de mis auténticas y fieles alegrías: la frase colorida que giraba en mi mente, bajo la llovizna; la página en blanco, bajo la lámpara del escritorio, que me esperaba en mi humilde hogar.*

Vladimir Nabokov



## PARÍS ERA LA FLOR DE COLERIDGE

VIAJAR ES MUDAR DE PIEL. Cuando viajamos podemos olvidar nuestra identidad e inventarnos otra nueva. En un lugar distinto del suyo, un intelectual de escritorio puede presentarse como un vagabundo rudo y descreído, la más triste de las mujerzuelas como la señorona de vida honorable y sedentaria. Pero viajar, además del anonimato, nos ofrece la posibilidad de cambiar de costumbres y renovar nuestra mirada: ir, por ejemplo, a vivir a una hostería de un pueblito olvidado; ver, desde la ventana de nuestro cuarto, a las jóvenes y hermosas hijas del hostelero correr descalzas por un campo de amapolas con los cabellos sueltos al viento, sujetando de lado a lado una larga sábana albeante, para luego alcanzarnos en una escudilla el rocío fresco de la mañana; y, más tarde, cuando el aire se haya poblado de un olor a orégano, asistir a una fonda donde una amable cocinera gorda colme nuestra mesa con garraiones de vino, y tiernas y humosas carnes de faisán dorado. No es un azar que los habitantes de las ciudades sueñen con irse a vivir al campo y que los del campo piensen en seguir el camino inverso: el lugar al que queremos llegar contiene la promesa implícita del cumplimiento de nuestros sueños.

En estas cosas pensaba cuando, no bien cumplidos los veintisiete años, decidí viajar a París. Un viaje, desde luego, que no fuera el recorrido de postal de una agencia turística, sino la experiencia vital que nos deja una estadía prolongada y, de ser posible, indefinida.

Mi fascinación por París venía desde la infancia. Estaba alimentada por la presencia, en la casa de mis abuelos, de una acuarela con la vista de un castillo de piedra gris en la cima arbolada de una colina, bajo el sol vespertino; las historietas del simpático Ásterix, y las intensas peleas de espadachines de los libros de Dumas. Pero se había acentuado y transformado profundamente en mis años universitarios, con la visión de algunas películas fundamentales (casi siempre en blanco y negro) de Truffaut y Godard, y la lectura de los existencialistas franceses y los escritores de diversas regiones del mundo que habían elegido esa ciudad europea para afrontar el exilio o hacer sus primeras velas literarias. Hablo de Camus, de Sartre, de Hemingway, de Nabokov, de Calvino, de García Márquez, de Cortázar, de Vargas Llosa. Se trataba, sin duda, del París de los años veinte y sesenta: el tiempo de la atmósfera *raté* y el aire que se oscurecía después de la fiesta. Por esa razón, cada vez que veía una imagen límpida y soleada de la mítica ciudad, volvía con frecuencia a mi memoria un París invernal, de amaneceres grisallas y tardes melancólicas, repleto de cafés, buhardillas, hoteluchos y callecitas barridas por el viento y la llovizna. Un París que, artísticamente, me resultaba muy estimulante.

Ese París, además, no solo rezumaba sensibilidad y buen gusto en cada una de sus calles, sino que contaba también con gentes que sabían reconocer esas bondades incluso en culturas foráneas, pues, por poner un ejemplo, había sacado a Borges del semianonimato de las pequeñas capillas de

devotos y lo había *descubierto* al mundo entero en los años en que Francia ejercía sobre este el magisterio cultural.

Yo había estudiado Literatura (es un decir: la literatura se lleva o no se lleva en la sangre). Aunque era un profesional bastante eficiente y hasta reconocido, trabajaba sin muchas ganas como profesor de castellano en diferentes institutos y universidades. La verdad, lo hacía por temor a la miseria. Para mí (y quizá esto suene exagerado), la miseria asomaba cuando quería comprarme un libro o tomar un taxi y no tenía con qué hacerlo. Ese temor, sin embargo, me llevaba a aceptar muchas horas de trabajo y a dedicar muy poco tiempo a lo que realmente me interesaba: escribir. Yo era un escritor de domingo, de días de fiesta, cuya azarosa contribución a la literatura se reducía a uno o dos cuentos por año. La decisión de irme a París a cambiar de vida la tomé después de hablar con una vieja amiga a la que no veía desde hacía varios años. En esa conversación me comentó sobre su sistema de vida: trabajaba todo lo que podía durante un año (era profesora de alemán en un colegio caro), ahorraba como si fuera a jubilarse y al año siguiente se dedicaba a hacer todo lo que le viniera en gana: dormir, viajar, leer, escribir.

El sistema me pareció tan rotundo y aleccionador que, desde esa fecha, convencido de que tenía que acumular dinero, empecé a buscar otros trabajos, incluso algunos que antes había rechazado o abandonado. Llegué a cubrir hasta los domingos por la madrugada, y el abanico de mis ocupaciones iba desde el oficio de galeote de la corrección de textos hasta las clases particulares, las traducciones y el periodismo cultural. Y a pesar de que debía incontables horas de sueño, me daba tiempo para asistir a un curso de conversación en la Alianza Francesa, además de leer algunos libros *indispensables* mientras me trasladaba de un sitio a otro. Porque era

consciente de que necesitaba llenar ciertos vacíos en mi formación literaria antes de irme a Europa. En esa medida, los intelectuales latinoamericanos —*métèques* del Viejo Mundo, europeos desterrados— terminamos siendo doblemente occidentales, porque mientras un español debe conocer todo lo que han escrito y pensado todos los españoles valiosos, y un francés debe conocer todo lo que han escrito y pensado todos los franceses de nota, nosotros tenemos que leer todo lo que han escrito y pensado todos los europeos que gocen de esa fama.

A lo largo de los días y noches de ese año de trabajo incesante, y sobre todo cuando me sentía agotado, pensaba con insistencia en la flor de Coleridge. El poeta inglés Samuel Coleridge había imaginado, a finales del siglo XVII, una hermosa historia en la que un hombre sueña que atraviesa el Paraíso, recibe una flor azul como prueba de que ha estado allí, y al despertar encuentra esa flor en su mano. A mí me pasaba algo similar. En medio de la nebulosa oscura que para mí era el Perú, yo vivía y me desplazaba por las calles de Lima con la mente fija en París como quien llevaba en secreto —en feliz secreto— una virtual e imaginaria flor de Coleridge: la prueba de que la realidad del sueño era posible.

¿Nada me retenía? ¿No iba a sentir nostalgia por el Perú? Ser peruano, en mi caso, significaba la posibilidad de la nostalgia por un puñado de familiares, de amigos, de paisajes, de experiencias que muy poco tenían que ver con las múltiples y contradictorias realidades del Perú, y sí mucho con mi historia personal. Mi peruanidad no se extendía más allá de unas cuantas calles de Lima. Y si bien tenía cierta estabilidad en ese reducido espacio, no temía empezar de cero en París, porque pensaba, como Cortázar, que «no ser nadie

en una ciudad que lo era todo era mil veces preferible a lo contrario».

Desde luego, yo sabía perfectamente que ese París cortazariano no era el mismo: las circunstancias habían cambiado. Pero sabía también que un puente sobre el agua plateada del Sena, una franja de cielo crepuscular desde el sucio vidrio de un ventanuco lleno de telarañas, el invierno vibrando en el aire, la rama de un castaño estremeciéndose en la oscuridad lluviosa, eran imágenes irreducibles a cualquier impulso transformador del París moderno.

La luminosa mañana de primavera en que salía mi vuelo, me acompañaron al aeropuerto mis padres, mi hermana y un par de amigos íntimos, quienes, a la hora de la despedida, cumplieron mi deseo de evitar todo gesto de sentimentalismo. El avión de Continental encendió sus turbinas exactamente al mediodía. Sentados de a tres en los asientos reclinables, volábamos sobre un cielo despejado, pero yo prefería no volverme a la ventanilla, no mirar hacia abajo, sino a los boletos soñados que iba acariciando repetidamente entre mis manos, a los pétalos de la gris azulada flor de Coleridge que a medida que nos alejábamos, se hacía, al fin, cada vez más real entre mis manos.



## EL RESPLANDOR DE CÉLINE

TODOS LOS LUNES de ese invierno frío en París teníamos Figura Humana. Me agradaban esas clases porque el viejo Lacroix, entre otras bondades, casi no dictaba teoría. Nos ponía delante del desnudo y empezábamos inmediatamente a bocetear; luego se acercaba y sin que nos diéramos cuenta, con alguna broma o una sutileza increíble, nos corregía. «Hasta antes de este trazo», nos decía muy serio afilando la voz temblorosa, «su trabajo era de una calidad notable». El viejo tenía un ojo único para captar los errores, pero también para elegir los modelos. Traía señoras rollizas que escondidas tras sus aburridas ropas de amas de casa hubieran deleitado a cualquier pintor renacentista, o jóvenes universitarios de cuerpo fuerte y esbelto aunque de mirada un poco torva, a veces desenfocada. En esta oportunidad el viejo nos había conseguido a una muchacha.

—¿De dónde la habrá sacado? —le pregunté sorprendido a Mauricio, que se había puesto a trabajar a mi lado. La chica tendría unos veintitantos años, pero su cuerpo era el de una adolescente.

—Me parece haberla visto. Creo que es la hija de madame Canivet.

Madame Canivet era la nueva encargada de hacer la limpieza y, del escaso personal de la escuela, la que mejor nos caía a los alumnos latinoamericanos, quizá porque compartíamos las mismas urgencias económicas. Con ella era la quinta que pasaba por ahí ese año; Beauchamp, el mezquino del director, un sexagenario robusto y algo amanerado, siempre se las arreglaba para cambiar de encargada cada vez que le pedían aumento o el pago de sus derechos sociales. Yo no sabía que madame Canivet tuviera una hija.

—¿No te parece hermosa?

—Si para ti lo raro es hermoso, sí; es hermosísima —dijo Mauricio con un poco de sorna.

El místico y teósofo Emanuel Swendenborg tiene razón. No a cualquiera le es dado reconocer una aparición maravillosa. Solo a los locos, a los verdaderos artistas, a los secretamente melancólicos, nos es posible hacerlo a primera vista. Y esta en verdad lo era. Recostada sobre un mantón púrpura, con el enrulado cabello negro cubriéndole coquetamente los pequeños pechos, daba la impresión de ser una de esas muchachas que el buen Gustav Klimt dibujaba en carboncillo a finales del siglo anterior en busca de su futura Judith. Tenía unos enormes ojos verdes que parecían mirar desde otro lado.

Quise acercarme a ella al final de la clase, pero de un momento a otro desapareció. Mauricio advirtió mi intención y me miró con esa cara de resignación anticipada que siempre pone cuando me intereso por algo. Pensé que no volvería a verla hasta la siguiente sesión y sin embargo la encontré de casualidad por la tarde. Estaba parada en medio del patio, envuelta en una bufanda floreada y con un sobre todo beige, observando con aire distraído el viejo mirador de la escuela.

—¿Tú eres... —me atreví a interrumpirla en mi mal francés.

—Céline —dijo sin volverse, al cabo de un rato. Luego giró un instante para agregar: —¿Te gustan los miradores?—. Su voz era pausada y algo extraña, con un acento distinto del parisino; en realidad, en mis tres años de vida errante por Europa nunca había escuchado una entonación parecida.

—Sí, claro —le contesté, por decirle algo. Iba a mentirle sobre la antigüedad del mirador, hablarle de las clases de Lacroix y de lo mucho que me había impresionado como modelo, pero antes de que le diera mi nombre se despidió apurada porque debía ayudar a madame Canivet en no sé qué cosas.

No volví a verla esa semana. El viernes por la noche un amigo mexicano de Mauricio presentaba su primera individual en la Galerie des Princes. Se trataba de una serie de cuadros que representaban el asombro del hombre ciudadano ante la naturaleza. El que más me impresionó fue el de un restaurante del boulevard Saint-Germain: los mozos en plena atención al público, con la charola alzada a la altura del hombro, se detenían a contemplar el sol que magníficamente se ocultaba entre las terrazas: un resplandor vacilante que los envolvía de medio cuerpo y que se difuminaba en sombras ante sus ojos. El rostro extático de las miradas atrapadas en un punto fijo me remitía a una moderna y espléndida *Lección de Anatomía*. Al cierre de la galería, fuimos los tres a tomar unos vinos al café Danton.

—¿Por qué tan callado? —me preguntó al segundo tinto Rodrigo, el amigo de Mauricio.

—Debe de ser por la modelo que hace poco trajo Lacroix —se adelantó burlescamente Mauricio—. Una francesita medio rara que vive con su madre en los altos de la escuela.

Fue así como me enteré de que Céline compartía con madame Canivet el cuartito del tercer piso, justo al lado de la Sala de Música. No dudé en pasar por ahí a la mañana siguiente para hablar con ella. Céline limpiaba y ordenaba unos muebles viejos que yo había visto antes abandonados en el desván de la escuela. Todo era viejo, a decir verdad, en esa casona en que las oscuras maniobras de Beauchamp se encargaban a menudo de escamotear los donativos para refaccionarla.

—Hola —me saludó con una sonrisa tímida. Hizo un gracioso respingo de cansancio y luego dijo, como explicándose—. Quiero adecuar este espacio como cuarto de trabajo. Me gusta fabricar cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —le pregunté, realmente interesado.

—No sé; me gusta hacer maquetas de casas antiguas o de miradores... Pero en el fondo espero perfeccionar algún día un aparato con el que pueda ver un ángel.

—¿Un ángel?

Sus enormes ojos se iluminaron.

—Sí, es posible; aunque no de la manera en que piensas. Son, en realidad, fotones de luz.

No parecía bromear. Me habló entusiasmada de la teoría de un físico alemán y de varios artículos científicos que había leído al respecto: los seres alados, me explicaba moviendo sus hermosas manos, estaban hechos de partículas y corpúsculos de energía electromagnética dispersos en el aire; eran, en pocas palabras, fenómenos físicos tan registrables como el clima o el movimiento de los planetas. Cortésmente incrédulo, le dije que también me interesaban las construcciones antiguas y que conocía unas muy raras en el barrio del Marais. Quedamos en ir para allá al terminar la siguiente clase del viejo Lacroix.

Aquella mañana soplaba un viento fuerte como solo sopla en París, con una humedad maligna que se empozaba en los zapatos y se filtraba por nuestros abrigos. Céline casi me arrastraba por las callecitas desiertas. Estaba maravillada con los pequeños rostros que adornaban los frontispicios de los caserones arrasados por la intemperie y la lluvia. Cogía su fotómetro (así llamaba a una suerte de caleidoscopio artesanal) mientras me hablaba de fantasmas, de duendes y náyades que había visto por primera vez cuando niña y que ahora seguía viendo en sueños. Su voz extrañísima transformaba esos lugares desencantados en sitios mágicos. Yo la escuchaba con atontada admiración mientras se trepaba descalza a los árboles más altos o a las fuentes resbalosas de moho, buscando el ángulo preciso en que la luz turbia del mediodía le permitiera captar algún fotón de un ángel desprevenido.

Así empezamos a andar sin pensarlo por un París secreto y entrañabilísimo. Redescubríamos un cielo distinto desde la cúpula de la iglesia de Saint-Pierre de Montmartre, nos metíamos a las galerías cubiertas, seguíamos el reflejo esquivo de las aguas del Pont Neuf hasta perdernos por los recovecos más recónditos del Barrio Latino: caminábamos por el puro placer de caminar. De noche, cuando madame Canivet dormía, regresábamos a la buhardilla de la escuela y nos quedábamos hasta muy tarde comentando nuestros hallazgos. En esas horas una Céline con el cabello recogido sobre la cabeza me contaba de su infancia en un pueblito perdido de Châtellerault, al que asociaba con la imagen de su padre tempranamente muerto en la Gran Guerra. En esas horas las palabras cedían con facilidad al encuentro de nuestros cuerpos, impulsados por la oscuridad y apenas complicados por la estrechez del cuarto atiborrado de cartones, alambres y láminas.

A menudo el trémulo fulgor de un crepúsculo gris nos sorprendía. Céline se preguntaba entonces por los colores del cielo y caminaba intrigada hacia el ventanuco: el cabello revuelto, la sedosa piel traslúcida, las delicadas costillas pronunciándose en la espalda desnuda con los trancos lentos y menudos. Una imagen de maravilla que mis compañeros y yo, con nuestros pobres bocetos, cada lunes, tratábamos en vano de reproducir sobre el canson.

Céline ciertamente tenía el cuerpo de una adolescente, pero su verdadero encanto estaba en su inocencia. Y no me equivoco al decir inocencia, esa posibilidad de contacto inicial con las cosas que nos hace ver el mundo de una manera irrepetible y que poco tiene que ver con la ingenuidad. Su manera de relacionarse con el mundo, o mejor dicho, su manera tan despreocupada de no estar en él, la hacía actuar con una especie de alegre temeridad. Yo trataba de seguirla en todo, contagiado como estaba con su alborozo, pero cuando noté que madame Canivet empezaba a mirar mis visitas a la buhardilla con cierto recelo, le propuse que mejor nos encontráramos en otro lado. Nunca planeábamos nuestros encuentros, a pesar de que no nos veíamos seguido; a veces la veía echada en el jardín a la salida de una clase o ella me encontraba sentado en una banca del patio y nos poníamos uno al lado del otro a mirar a la gente en silencio; a veces nos cogía una lluvia súbita y de inmediato corríamos a guarecernos bajo el arco de los soportales huyendo de los densos nubarrones. Recuerdo que una tarde lluviosa pasó cerca de nosotros el viejo Lacroix y al vernos juntos recitó unos versos en tono cómplice y encendido pero con voz tan baja que no pudimos identificarlos. Ahora Céline había escogido el mirador para mostrarme las nuevas modificaciones de su caleidoscopio. En lo alto de ese cuarto aun más

reducido, oloroso a madera húmeda y desde donde se veía todo París, ella me señalaba con devoción el celaje de ángeles invisibles mientras yo me atenía a lo que para mí era la única magia existente: su pequeño y cálido cuerpo.

Fue por esos días de nuestros casi silenciosos encuentros en el mirador que al viejo Lacroix lo invitaron a viajar a Londres. La Royal Academy quería tenerlo como invitado en la muestra anual de jóvenes artistas recién egresados. El viejo, a quien no le gustaba abandonar por nada del mundo el dictado, y menos aun su incómoda pieza de soltero en el hotelito del Pasaje Sommeil (al cual solía llamar con buen humor «la alcantarilla»), pretextó su dificultad con el manejo del inglés, además de los achaques de la edad. No era la primera vez que le escuchábamos una excusa así. Como yo había vivido algunos meses allá, me ofrecí a acompañarlo y a servirle de traductor, de manera que no tuviera cómo negarse; por lo demás, Beauchamp alentaba cualquier tipo de reconocimiento a los profesores con tal de que no le representara ningún gasto extra. Viajamos en ferry una mañana de lluvias sesgadas que parecía la más fría de ese invierno cruel. Londres se alargaba entre brumas por la ventanilla empañada. Tan pronto como llegamos a la galería principal de la Royal Academy nos acogió una nube de prestigiosos pintores y críticos de arte, sumamente atentos a las prometidas innovaciones de la exposición, aunque esta resultó ser más bien un espectáculo aburrido y desolador: instalaciones aparatosas, bocas y manos anhelantes del vino celebratorio, lienzos de gran formato llenos de imágenes desencantadas, grotescas y estridentes, como si a esos engañados muchachitos británicos les fuera imposible concebir que la esencialidad de las cosas puede capturarse en un solo trazo.

Con desgano aceptamos quedarnos otro día para la inauguración de la sala de esculturas, que contaba con algunos nombres conocidos. Era más de lo mismo, salvo que a la espectacularidad de los trabajos se agregaban el extravío formal y el mal gusto en todas sus variantes. Afortunadamente, el rotundo fiasco de la muestra no logró afectarme como en otras oportunidades (antes me hubiera indignado y hasta enfurecido); ni siquiera lamenté haber hecho el viaje, pues la conversación y los irónicos comentarios del viejo Lacroix bien valían la pena. «Estos chicos», carraspeó a modo de resumen hacia el final del recorrido, «prueban que en estos tiempos la idea de arte no ha hecho sino degenerar». Saber, además, que una Céline distante e impermeable a la realidad me esperaba en París, escudriñando hora tras hora el cielo desde el mirador, con su fotómetro a la mano y ese gesto de loca enamorada del aire, era como un bálsamo contra tanta insensibilidad, una forma segura y enternecida de devolverme a ese estado de gracia del que me había momentáneamente separado.

Pero a nuestro regreso (a fuerza de no ser descortesés estuvimos en Londres dos días y medio) nos sorprendió encontrar las aulas cerradas y todas las clases suspendidas, y no precisamente por la amenaza de una terrible borrasca anunciada varias semanas atrás. Entre confuso y resignado, fumando a la entrada del cafetín, Mauricio nos contó lo que pasaba: un grupo de contadores y auditores estatales había asumido temporalmente la dirección para evaluar el manejo de la escuela. Beauchamp, tal como sospechábamos los alumnos desde siempre, había malgastado por años los fondos del fisco y para excusarse del desbalance acusaba a los empleados menos antiguos del robo de dinero. La pobre

madame Canivet, aterrada por la mentira, no había atinado sino a huir con Céline a su pueblito de Châtellerault.

Cuando oí la noticia no sé por qué me imaginé que Céline aún estaba por ahí. Me separé de Mauricio y subí por la vieja escalera en espiral hasta llegar al mirador. Logré ver algo de su cabellera negra, sus pies descalzos perdiéndose entre el moho y el polvo. La seguí por el pequeño laberinto de cuerdas y maderas crujientes. «No digas nada», me susurró de pronto al oído, sorprendiéndome. Yo me volví y sentí el calor de su respiración. Me besó en la boca, largamente, mientras yo la acariciaba contra una pared oscura y me ajustaba a su cuerpo agitado. Hicimos el amor. Después presentí que no volvería a verla. Como una forma de retenerla dibujé con un pedazo de tiza azul el contorno de su cuerpo sobre la pared. Y lo hice sabiendo que ella desaparecería, que al otro día una lluvia gruesa y sucia borraría para siempre ese leve resplandor que solo entonces alcancé a ver.



## DE UN AZUL PURÍSIMO

### 1

POCO ANTES DE ENTRAR a la carretera a Beziers, la lluvia gris y abundante que mojaba la pista se convirtió en una terrible tormenta de nieve. Los enviones de la nevada hacían sonar insistentemente la lata del depósito, y la camioneta blanca pintada con el logotipo *Cerciux* en grandes letras amarillas derrapaba contra la pista que se iba escarchando con el polvo de nieve. Encerrados en el depósito, en una noche tan oscura como la de afuera, los pájaros chillaban enloquecidos a cada barquinazo que daba la camioneta.

—Ya entiendo por qué mi mamá me puso este nombre —dijo Paloma tapándose los oídos con las manos.

Ivo, sentado al volante, no se volvió a mirarla, pero le prestaba atención.

—Estos pájaros no pueden quedarse callados ni un segundo —continuó Paloma—, y menos todavía cuando *algo* los molesta: son igualitos a mí.

Ivo la miró de soslayo. Iluminada por el resplandor violeta del tablero de mandos, Paloma tenía los grandes ojos

pardos muy abiertos, y estaba cubierta hasta la cabeza por un viejo abrigo verde, de cuya caperuza invernal se escapaban algunas guedejas de su pelo azabache y lacio. Ivo sabía muy bien que ese *algo* que ella insinuaba molestarle era lo poco que él había hablado durante la hora y media que llevaban de viaje.

—A mí de chiquita los pájaros no me llamaban tanto la atención, como a todos los chicos —volvió a la carga Paloma—. Pero me acuerdo que a los siete años me pasó una cosa curiosa.

—¿Qué cosa? —preguntó tímidamente Ivo, cediendo un poco, mientras se internaban en una zona donde los árboles, bajo la nieve, adquirían formas fantasmales. Ahora el bullicio de los pájaros se confundía con el silbido del viento helado. Y a medida que avanzaban, parecían acompasarse los sacudones de la tormenta contra el auto.

—Yo estaba muy triste porque mi abuelito se había muerto —dijo Paloma—. Mi abuelito era un gran tipo, me entretenía con actos de magia, te juro que no sé cómo escondía monedas y luego las sacaba por mi oreja. El pobre se murió de una colitis o algo parecido. Una amiguita del colegio, me parece que se llamaba Sofía, un día me vio que no jugaba en el recreo como antes y me dijo que sabía lo de mi abuelo. ¿Y sabes lo que hizo para consolarme? —Ivo movió negativamente la cabeza, mostrando gran interés— Me contó algo que le había dicho su prima, algo así como que las almas de las personas buenas, si no querían irse de la Tierra, se quedaban en los animales. Claro que era cosa de chicos, pero yo me la creí. Me acuerdo que andaba por el colegio mirando a las cigarras del jardín, al gato del portero; los de mi salón me creían loca. En casa mi hermana mayor tenía un estornino, uno de esos pajaritos oscuros de reflejos verdes

y ojitos muy pequeños. No te vayas a reír pero un día me puse a mirar con atención al estornino y te juro que tenía los ojos igualitos a los de mi abuelo. Me miraban con su mismo afecto. Desde entonces empecé a cuidar yo también al estornino; mi hermana hasta ahora no sabe por qué lo hacía. Las ocurrencias que tenemos de chicos son muy tiernas, ¿no?

—Muy tiernas —repitió Ivo y por primera vez la miró sin temor a los ojos.

## 2

Ivo y Paloma eran dos jóvenes estudiantes que, como yo, trabajaban los fines de semana en Cerciux, una compañía especializada en entregar paquetes a cualquier sector de París y a las provincias aledañas. El encargo que estaban cumpliendo era llevarle una colección de pájaros exóticos al señor Tino Falacci, quien vivía en las afueras de Beziers, al sur de Francia.

Ivo era un muchacho peruano, larguirucho y lampiño, con el cabello enrulado un poco más largo de lo convencional, y un temor casi patológico a las chicas que le gustaban. A sus diecinueve años había tenido varias enamoradas ocasionales, pero nunca había conseguido estar con aquellas chicas que realmente le interesaban, pues las idealizaba tanto que no podía hablarles con soltura y casi siempre terminaba por alejarse. Desde que conoció en Lima a un tío diplomático residente en Italia había deseado estudiar en Europa, y sus padres, aunque de limitados recursos, lo habían apoyado para que así fuera. Gracias a una beca de la

embajada francesa cursaba el pregrado de Filosofía Moderna en La Sorbona, pues quería doctorarse en Pensamiento Cartesiano. Poco a poco se había ido acostumbrando a su nueva vida de adulto independiente, y si no fuera porque ocupaba un cuartito oscuro y triste en un desvencijado hotelucho del Barrio Latino, no habría dudado en considerar a París como el lugar perfecto para quedarse a vivir.

Paloma, en cambio, era una colombiana sumamente resuelta y extrovertida que sin un medio en el bolsillo se había mandado a mudar a París en un avión militar de carga, con la intención de estudiar canto en el Conservatorio. Acomodarse en el departamento de una amiga, aprovechando la lenta separación de sus padres, le había proporcionado la oportunidad de ausentarse por largos períodos de su casa de Cartagena sin tener que dar muchas explicaciones. Adoraba viajar y el llegar a Europa había sido su correría más temeraria. Se imaginaba que así, dando vueltas por el mundo, se encontraría sin proponérselo con el hombre de sus sueños. Tenía dos años más que Ivo, pero por su manera de ser y de vestirse parecía de dieciséis. A diferencia de él, no solo soportaba perfectamente las incomodidades y las pellejerías del albergue de pobres en que se hospedaba, sino que las tomaba como un encanto suplementario de lo que significaban la liberación y la aventura.

Ambos se cruzaban a menudo en la oficina de la compañía y habían sostenido algunas conversaciones casuales. Cuando los conocí, yo recién había ingresado a trabajar a la empresa y para nadie del personal era un secreto que se gustaban. Por eso, Lucía, una amiga común de los dos en Cerciux, había hecho los arreglos necesarios para que efectuaran juntos este envío.

A mí Ivo me contó que había soñado verla en un tren. Un viejo tren de sierra que corría contra el viento y la llovizna, un tren con los vagones sucios y la pintura azul de la cubierta astillada por los años. Llovía fuertemente y el tren estaba lleno de niños en viaje de excursión y el único sitio que encontró para sentarse fue al lado de ella. El viento húmedo azotaba el cristal de las ventanillas, y el paisaje de castillos y casitas de campo al amanecer se rompía con la velocidad de las bielas sobre la vía. Vagón tras vagón entraban a un túnel de montaña cuando el silbato empezó a bramar y los niños se alborotaron y gritaron emocionados en medio de la tiniebla. En esa oscuridad él rozó el hombro de ella, rozó el celaje de su negro pelo suelto. Él cerró los ojos y soñó, en el sueño, que la besaba. Una súbita emisión de luz plomiza los descubría muy cerca al final del túnel, lado a lado pero sin mirarse. La máquina cambiaba esta vez de vía y atravesaba una sucesión de pendientes cubiertas de brezos; era otro túnel que se abismaba, era otro grito sostenido; ella cerró los ojos y él, terminando el túnel, se entusiasmó al ver pasar en la frente de ella la sombra del mismo sueño, como una frágil nube que no tardaría en desvanecerse. Entonces aguardaron el último túnel, que era el más largo y profundo, y se mantuvieron sin mirarse, con los ojos cerrados que no habrían de abrirse a lo largo del grito y la oscuridad del túnel, para que sus bocas pudieran lentamente acercarse, para que sus bocas pudieran juntarse al fin por encima de los párpados.

La camioneta se detuvo en un recodo de la carretera. Paloma e Ivo tomaron un poco de café que ella había llevado en un termo. El lugar parecía un desfiladero de árboles y sementeras nevadas, con una girándula de pequeñas luces amarillas que crecían y acechaban como luciérnagas. Los copos densos golpeaban el techo y las ventanillas, pero adentro no se sentía tanto frío y ya no se escuchaba el chillido de los pájaros: un agradable silencio los envolvía con su velo de agua oscura.

Paloma subió la potencia de la calefacción, ¿sabes?, la otra vez leí un libro de un autor japonés, no recuerdo bien el título pero tenía una metáfora bellísima, decía que el amor es como un reflector que ilumina a una persona próxima, la hace increíblemente visible y necesaria, y a ella nos aferramos como si fuera la única salvación en la oscuridad del mundo; lo terrible es que no sabemos cómo manejarlo ni cuándo ha de encenderse ni quién ha de aparecer bajo esa luz, ¿no te ha pasado que de pronto ves a una persona con otros ojos? Ivo no articuló palabra, tenía tantas ideas revoloteándole en la cabeza que no podía hablar, su mirada se concentraba en un punto fijo de la expansión irisada de la nieve. Pero tras un instante de silencio habló, lo que ella decía le recordaba que en una tribu africana la ceremonia de matrimonio consistía en mirarse varias horas a los ojos, mirarse simplemente. Y esas palabras le llegaban a Paloma por primera vez cálidas y fluidas, como si Ivo estuviera más cerca de esos centímetros que apenas los separaban, como si Ivo hablara desde una familiaridad de años donde su voz adquiriría color y brillo. Es hermoso, suspiró Paloma, ofre-

ciéndole una mirada dulce que ahora él no le rehuía sino que le correspondía sin intimidarse. Entonces la mano de Ivo flotó pálida en la penumbra, la mano de Ivo con sus dedos largos y finos que sudaba y temblaba. Paloma no supo qué hacer por un instante y la cogió también temerosa, hubo ese leve reconocerse en la otra piel, los dedos de ambos se buscaron y entrelazaron en un solo acto que conciliaba la ternura y la torpeza. Desde esa especie de alivio que de algún modo hacía olvidar el mal tiempo, incapaz todavía de creer que todo eso era posible, Ivo se atrevió a abrazarla hasta lo hondo, la sintió estremecerse cuando él buscó la palma de su otra mano y la acarició, tibia y suave. Permanecieron abrazados unos minutos, mirándose fijamente a los ojos, hasta que Ivo se tragó el resto del miedo y cogió con ambas manos el rostro de Paloma, fue palpando y besando con cuidado el nacimiento de su pelo escondido tras la caperuza, la tersura de su frente inclinada, los párpados cerrados donde se asentaba como una especie de resplandor ambarino.

Todo lo demás fue un irse acercando de a pocos, entrecerrar los ojos y abandonarse a un lento pliegue de caricias y labios crispándose, calor y ternura, el vértigo, el frío allá afuera, el impulso de algo abierto a un instante inacabado y sin presente, la sensación maravillosa de que estaban acostados sobre una cama de nieve, de que la casi granizada golpeaba el techo y las ventanillas solo para recordarles que el mundo existía.

El señor Tino Falacci, el cliente a quien iba dirigido el envío, era un pianista excéntrico y millonario. Vivía en una mansión encastillada entre dos laderas de montaña, al borde de un hermoso estanque de nenúfares. Su carrera de intérprete había sido desde temprano brillante y tumultuosa, tanto en su natal Italia como en toda Europa, pero de un tiempo a esta parte escuchar un concierto suyo se había vuelto un raro privilegio. La bisnieta de la condesa de Savigné, para llevarlo a una audición privada en los salones de su palacio, había tenido que aceptar que tocara en la única forma en que podía sentirse en verdad a gusto: completamente desnudo.

Envuelto en una larga bata de seda azul, paseaba constantemente su pálida figurilla de rubia cabellera desgreñada por los ambientes de su mansión, mientras una corte de nueve perros chinos lo seguía repitiendo sus rápidos movimientos. En la primera planta había hecho empotrar con estructuras de vidrio las paredes de la sala, desde el piso hasta el cielo raso, como si todo fuese una gran pecera, en la que navegaban peces de misteriosa procedencia. (Alguna vez, según el mismo me lo confesó meses después, se había imaginado, en el momento más lírico de una borrachera, dentro del enorme acuario, bocarriba, estremecido de ojos y sargazos, ondulando hacia lo profundo de la cerrada noche submarina.) Allí también estaban, dispuestos a lo largo de un pasadizo, los trabajos de sus amigos ingleses de la Royal Academy: una rosa negra de los vientos encerrada en una urna transparente, un ángel de cera con las alas cubiertas de un polvillo dorado, la pintura de un inmenso corazón humano desde cuyo centro miran dos ojos taciturnos. Pero lo que

para él representaba un inigualable deleite visual era recorrer las instalaciones del segundo piso: la escalera, los marcos de las ventanas, las paredes, los muebles, los artesanados que se elevaban por encima de los dos metros de altura, todo estaba hecho de cristal; un cristal traslúcido y facetado que rutilaba en las noches y espejeaba contra el sol del mediodía como un diamante gigantesco.

Confinado por voluntad propia en su mansión, tocando una noche cualquiera un melancólico piano Bechstein hasta el amanecer, Tino Falacci llevaba una vida contemplativa y como desasida de la realidad, a no ser que se apareciera esa persona que le ponía en orden el mundo y que era el gran amor de su vida: François.

6

Paloma frotaba cariñosamente su nariz contra la de un Ivo dormido. Es el beso de los esquimales, sonrió Paloma cuando él abrió los ojos también sonriente en la claridad azulada que, ni bien acabó de nevar, proyectaba una luna enorme sobre la cabina. Muy poca gente lo conoce, explicó Paloma, será nuestro beso especial. Y en su voz había como una dulzura agradecida porque ella sabía que era la primera mujer con la que él de veras había querido estar, y que los momentos de intimidad anterior, esos momentos en los que él había mostrado una extraordinaria ternura, habían creado una especie de complicidad, y lo habían hecho sentirse en confianza. Se miraron en silencio durante algunos minutos, frotándose a cada tanto las narices, pero de pronto Ivo advirtió que habían pasado por lo menos dos horas desde

que se habían estacionado (habían hecho el amor dos veces seguidas), y se preguntó en voz alta qué sería de los pájaros que continuaban sin hacer el menor ruido.

Ivo sacó la linterna de la guantera y caminó con Paloma hasta el depósito de la camioneta. A la luz de la luna, la nieve que cubría la pista daba la impresión de ser cremolada de vainilla excesivamente congelada, al menos eso le pareció a Paloma. Ivo abrió las puertas del depósito (un aire reconcentrado pero glacial salió del interior en tinieblas) y se trepó con la linterna en la mano. La amarilla luz circular, como una pequeña luna llena, iba iluminando de arriba abajo las jaulas superpuestas en las que se encontraban toda clase de pájaros: pájaros diminutos, pájaros de pecho coloreado, pájaros con capirote en forma de cabellera, pájaros de ojos luminosos como estrellas, pájaros con picos a manera de cuernos, pájaros que por el tamaño y el esplendor de su cola debían de ser las famosas aves del paraíso. Pero cuando Ivo llegó a la parte inferior, se dio cuenta de que dos pájaros estaban congelados por el frío. ¿Pasa algo?, preguntó Paloma que esperaba afuera. Dos están irremediablemente fríos, contestó Ivo. ¿Y ahora qué vamos a hacer?, preguntó Paloma preocupada. No sé, dijo Ivo, tendremos que dejarlos por aquí, si no esto va a oler feo. ¿Y qué le vamos a decir al dueño? La verdad: todo el mundo sabe que con el frío que hace por estos días puede pasar cualquier cosa.

Ivo puso en unas bolsas plásticas los pájaros congelados. Le planteó a Paloma que él limpiaría las jaulas y reordenaría a los otros pájaros mientras ella sepultaba las bolsas en la nieve. Yo no puedo hacer eso, protestó ella con tristeza, no te das cuenta de que parecen cuerpecitos de bebés. Y se fue con las bolsas a un bosque de árboles negros a buscar un sitio más apropiado.

François había conocido a Tino Falacci cuando se llevaba a cabo la construcción del segundo piso. Él era el encargado de pulir los muebles de cristal y hacer las incrustaciones de las piedras preciosas: carbunclos, rubíes, corales, venturinas, crisopacios. Una noche se quedó trabajando hasta muy tarde y Tino Falacci, que había estado observándolo en secreto desde hacía algunos días, se acercó a su lado y le dijo: «Trabajas demasiado, muchacho. Por qué no me acompañas a tomar un brandy». Bajaron a la sala y Tino Falacci sirvió dos copas dobles. Mientras François bebía acodado sobre la barra del bar, Tino Falacci se sentó al piano. «Yo no suelo hacer estas cosas», dijo. «Espero que lo sepas apreciar». Y se puso a tocar una melodía alegre y elemental que François reconoció no ser culta, como era de suponerse, sino perteneciente al pueblo remoto de Mezières donde él había nacido.

Esa noche no pasó nada. Pero a la siguiente, al octavo o noveno brandy, François aceptó ir a su habitación por una buena cantidad de francos. No era la primera vez que se acostaba con un hombre: de niño, cuando vivía en su pueblo, era natural tener relaciones con animales y una tarde, como una prolongación de esos juegos infantiles, había complacido a un primo afeminado. A Tino Falacci le encantaban su cuerpo fuerte, sus manos simples y rudas de campesino; aunque no así su habla insustancial y cierta falta de urbanidad. Le propuso de todas maneras que se quedara a vivir con él, como administrador de la mansión. Nunca antes le había hecho a alguien una propuesta de ese tipo (sus amantes casuales se los conseguían sus amigos artistas por una noche o dos), pero este muchacho le parecía algo espe-

cial. Y si bien no lo decepcionó, pues pronto se acostumbró a atenderlo, a celebrar sus manías y a cumplirle sus más disparatados deseos, la verdad es que François se fue quedando a lo largo de estos dos años solo por dinero, movido por una ambición profunda pero sutilmente encubierta por una careta que podía parecerse mucho al amor.

Para esta medianoche, por ejemplo, le había mandado preparar una cena especialísima por su cumpleaños número cincuenta y cinco: hojaldre de pescado, almejas con caviar, mejillones a la marinera, pierna de cordero asada con alubias y pastel de crema cubierto con almendras picadas. Después de varios llamados, Tino Falacci salió de su habitación envuelto en su bata, al parecer algo mareado por los brandys que se había tomado solo a manera de celebración adelantada. «¡Oh, por Dios!», exclamó asombrado al ver la mesa servida. «¡Ya me imagino cuánto habrás sufrido para hacer esto!». François percibió en su voz un leve rastro de ironía. «Quiero decir que para un pueblerino como tú no debe ser nada fácil ordenar una cena decente», recalcó mordazmente sin mirar a François, para quien la escena empezaba a resultar incómoda. Luego, sin sentarse, cogió un mejillón, lo probó, hizo una mueca de desagrado y arrojó la comida al piso. Hizo exactamente lo mismo con el pescado. Y también con las almejas. Y también con el cordero. Iba a picotear el pastel cuando François, furioso, le apartó la mano, lo abofeteó y lo envió de un violento empujón al piso.

Ivo y Paloma orinaron, compraron cigarrillos y llenaron el tanque de gasolina en una estación de la carretera. Habían pasado por las campiñas desiertas de Lyon, donde la repentina mansedumbre del viento entre los pinos nevados hacía presagiar un viaje más relajado. Sin embargo, cuando llegaron a la provincia de Saint-Etienne, se reinició la lluvia gruesa y ruidosa. El aire azul oscuro se sentía por momentos cargado de electricidad y presencias imantadas. Y lo único que a veces se veía por el parabrisas, además de la hilera de postes altos desdibujados por el chubasco, eran las luces amarillas de algunos camiones de comestibles y trailers de gaseosas viajando en sentido contrario. Ivo manejaba atento al estado de la autopista. A fin de pensar en algo distinto, Paloma hablaba de lo que podían hacer el lunes por la tarde en París: se reunirían en un simpático cafecito árabe que ella había descubierto el sábado pasado y bajarían hasta la punta de la Isla de la Cité, o si él no le temía caerse al agua (no sabía cómo pero estaba casi segura de que él no sabía nadar), se meterían a una de esas viejas barcas que había en el canal de Saint-Martin y, navegando el Sena de noche, ella le cantarían a viva voz un romántico repertorio de arias italianas.

De pronto, el teléfono de la camioneta timbró con una tonadita insistente (una canción de Navidad) que se perdía en el rumor de la tormenta. Ivo contestó. Como desde muy lejos se oía la voz airada de monsieur Prevost, el dueño de Cerciux. Gruñó que estaba escandalizado porque al revisar los partes de salida se había enterado de que sin ninguna justificación dos empleados (ellos) estaban realizando un mismo envío, y quería que uno de los dos se regresara de

inmediato a París y estuviera a primera hora en la oficina para llevar otro encargo. Ivo protestó, sugirió otras alternativas, estuvo incluso a punto de mandarlo al diablo, pero el dueño soltó una interjección incomprensible y cortó.

Esa forma de trato, me consta, era frecuente y había que soportarla por la arbitraria facilidad con que la compañía podía echar a un empleado y contratar a otro. Ivo no tuvo que explicarle a Paloma lo que había ordenado monsieur Prevost. A este viejo miserable no se le pasa una, rabió Paloma. Yo me regreso. No, se opuso Ivo, mejor tú sigue hasta Beziers; yo me bajo por aquí y me subo a uno de estos camiones que van a París. Mañana te regresas tranquila sin la lluvia, o si quieres me esperas allá hasta el mediodía y nos regresamos juntos. Sé cuidarme solita, se quejó Paloma haciendo un gesto de autosuficiencia como para que él no se preocupara. Apenas llegue a Beziers, te llamo a la oficina.

Ivo se puso un impermeable amarillo fosforescente sobre su descolorida casaca de cuero. Antes de bajar Paloma le dio un largo beso de despedida en la boca. Te quiero muchísimo, dijo ella. Yo también, dijo él. Parado a un lado de la pista él vio cómo la camioneta se alejaba, se hacía un puntito tembloroso bajo el cortinaje brillante de la lluvia.

9

Está sentado al piano. Los labios encendidos. Los ojos enturbiados por la sombra negra del rimel. La cabellera rubia resbala sobre su cuerpo desnudo como un torrente luminoso. El viento gris hace temblar el vidrio de las ventanas. Los perros duermen entre cojines de estopa, en un

cuarto cerrado. Afuera llueve, caen los goterones de agua sucia sobre los cristales del segundo piso, sobre la delicada película de nieve que cubre el estanque de nenúfares. No sabe cuántos brandys se ha tomado ya.

Toca un Beethoven, el *opus* 57 para piano de Beethoven, un *opus* triste y cansado de Beethoven. Es una melodía que le fluye ebria de los dedos, una melodía de anochecer neblinoso, una melodía de confusión, François, y son tantas veces que la ha tocado sin quererlo. Hubiera deseado abandonar ese encierro, o si no agrandar la casa, levantar otro piso de cristal, construir una ciudad que poseyera todas las joyas pero que sobre todo fuera una joya en sí misma, una ciudad resplandeciente en la que los dos pudieran perderse y solo de vez en cuando encontrarse. Y entonces, cuando él apareciera, alto y silencioso, con su cuerpo de oro, olvidarse de las palabras, entregarse al simple goce de la piel y los ojos. Pero en estos instantes el sonido de la lluvia le trae el recuerdo del mar, lo hace pensar en otra ciudad, un puerto perdido en el confín de los arrecifes, con un barco encallado al pie de un castillo. Ve el ancla verde de algas, las cadenas de hierro oxidado, la cabellera de medusa esculpida en un mascarón de proa. Ve emerger de entre las troneras o de los agujeros de la estiba cientos de hombres y mujeres descalzos, de rostros pálidos, vestidos con andrajos. Tienen los cabellos blancos y ojeras que parecen de enfermo. Caminan entristecidos por el borde azulado del muelle, se trepan a las torres más altas, entran a las cabinas y a los camarotes del barco. A la luz de la luna, un pescador desdentado se pone a arreglar una red, otro una balsa desfondada. Una música melancólica, la música que ahora a él se le quiebra entre los dedos, se expande por los aires mientras un hermoso muchacho con el pecho descubierto se sube al mástil

para cantar contra el viento una canción de amor. Y ese muchacho es François.

10

En ese momento François manejaba su auto. Era el modesto Renault azul del año 79 que tenía desde antes de conocer a Tino Falacci, y no uno de los muchos regalos que este le daba para retenerlo o intentar reconciliarse después de una pelea. Esta vez, al parecer, no habría otra oportunidad: ya estaba harto de las humillaciones. Además, si tenía suerte, podía encontrar a la bella Albertine —su anterior pareja— y rehacer su vida con ella. En la casetera se escuchaba la voz de Edith Piaf, la voz brillante y trémula de Edith Piaf en *Non, je ne regrette rien*.

Al fondo, borroneada por el flujo incesante de la lluvia, divisó una silueta fosforescente que agitaba una mano. Iba a pasarse de largo, pero al ver al chico chorreante de lluvia, se recordó en una situación similar. Detuvo el auto y bajó un poco la ventanilla. ¿Adónde vas?, le preguntó. A París, contestó el chico cuyas palabras de acento extranjero casi se diluían en el agua. François le abrió la puerta e Ivo subió con cuidado, temiendo mojar el asiento. No te preocupes, lo alentó François, no creo que vayas a inundar el auto. Ivo sonrió más calmado y se quitó el impermeable amarillo; el auto retomaba la marcha progresivamente. Se puede conocer toda Francia en autostop, dijo François colocando el impermeable en la parte trasera, yo mismo lo he hecho alguna vez, pero con este tiempo uno no se detiene ni por su madre. ¿Qué hacías allí? Es una historia larga, contestó Ivo,

mi jefe me necesita en el trabajo a primera hora. Ah, los jefes, la gente con dinero, toda esa miseria, se lamentó François y le ofreció una botella de vino barato de la que había estado bebiendo. Ivo no tenía ganas de tomar vino pero bebió unos sorbos para no desairarlo, ¿qué es lo que suena? ¿Edith Piaf? Sí, el pequeño gorrión, asintió François. Es curioso, dijo Ivo, a mí me gusta mucho Edith Piaf y cuando llegué a París pensé que todo el mundo la escuchaba, pero en los ocho meses que llevo por aquí usted es la primera persona que veo que lo hace. Es maravillosa, dijo François abstraído en algún recuerdo, y subió el volumen de la radio. Se quedaron callados mientras la voz potente de Edith Piaf opacaba el fragor de la lluvia, iluminaba el auto y se alargaba hasta alcanzar reverberaciones centelleantes. Quizá esa magia mezclada con el alcohol fue lo que adormeció a François, o lo excitó y lo movió a acariciar con ansiedad la pierna de un Ivo que se sorprendía y lo rechazaba de un rápido, desesperado movimiento de mano: no tenemos cómo saberlo. Lo cierto es que algo le impidió a François ver a tiempo el camión enorme que se cruzaba en la curva con todas las luces encendidas, atronando un silbato ensordecedor, y lo hizo voltear bruscamente hacia una mancha oscura de árboles.

El camión siguió su camino sin detenerse. El capó del auto se partió en dos. La melodía se cortó con el impacto. Ahora ya solo se escuchaba la lluvia crepitando entre los árboles negros, ocultando el estertor de las respiraciones que se apagaban. Y el agua que se filtraba por los vidrios astillados no alcanzaba a lavar por completo la sangre de los cuerpos, sino únicamente la de los rostros: los rostros de ojos abiertos.

El desconcierto y la tristeza de lo que sucedió cuatro horas después, cuando sonaron lúgubres los teléfonos, los podemos imaginar, como yo he imaginado el diálogo entre Ivo y François a partir de algunos detalles de la autopsia y el parte policial: el grado de alcohol en la sangre, la botella de vino, el casete de Edith Piaf. No creo que esta historia deba terminar así; aun para mí, que he tratado de utilizar toda la información de que dispongo, resulta un final demasiado imprevisible. Quiero que mejor guardemos en la memoria lo que me contó Paloma sobre la hora anterior, cuando ni ella ni Tino Falacci se habían enterado aún del accidente; quiero que mejor veamos la camioneta del Cerciux llegando finalmente a la mansión con las primeras luces del amanecer.

Es un amanecer despejado y sin viento. Paloma baja para tocar el timbre del intercomunicador. Toca varias veces durante un cuarto de hora, hasta que una voz somnolienta le contesta y puede, al fin, anunciar la llegada del envío. Tras otros veinte minutos de espera, un Tino Falacci dulcemente borracho, tambaleante y despeinado, con la bata mal puesta, le abre el portón y le indica un claro del jardín donde cuadrar la camioneta. Tan pronto acaba de estacionarse, Paloma se acerca a Tino Falacci para explicarle el percance del trayecto (lo de los dos ejemplares congelados), pero él la ignora y se abalanza a abrir las puertas del depósito, fascinado con la idea de ver los pájaros. Sin saber muy bien qué hacer, Paloma tiene que quedarse parada a su lado, viendo cómo abre las jaulas, cómo impulsa a los pájaros a salir del depósito. Los pájaros caminan tímidamente por el empedrado todavía húmedo del jardín, sacudiéndose las alas del

rocío de nieve. Tino Falacci los coge maravillado y los lanza por los aires con un entusiasmo infantil, pero ninguno alcanza a ganar altura. Así está durante algunos minutos hasta que uno (uno de hermoso plumaje color ámbar) aletea con más fuerza, se sostiene sobre sus alas y planea en un vuelo rasante por el cielo cada vez más claro. Luego desciende hasta casi tocar el empedrado y retoma el vuelo mientras los demás pájaros empiezan a seguirlo. Entonces Paloma y Tino Falacci alzan los ojos y contemplan en silencio cómo se forma una bandada de pájaros de infinitos colores que cruza un cielo de un azul purísimo, y la acompañan en su vuelo con un indescriptible sentimiento de felicidad que no han sentido en mucho tiempo y que los abandonará apenas no vean otra cosa en el horizonte que una nube, una pequeña nube blanca en medio del azul del cielo.



## UN INVIERNO HOSPITALARIO

HABÍA TECLEADO EL PUNTO final en la máquina de escribir cuando perdí el conocimiento. Trabajaba como traductor en la Agencia France Presse y, como cada vez que me sobrecargaba de trabajo (llevaba cuatro días seguidos sin dormir, fumando como un murciélago), mi cuerpo se desconectaba en el momento exacto de terminarlo. Mis compañeros de oficina sabían de mis abusos físicos, pero también de lo difícil que es para cualquier estudiante extranjero mantenerse en París, de manera que tuvieron la buena idea de llevarme al hospital de la rue Réve para que me hicieran un chequeo completo.

Desperté como a las cuatro de la tarde, en una sala inmensa, rodeado de numerosos enfermos y conectado a una botella de suero. Por los ventanales se veía caer la nieve sobre los árboles desgreñados. La doctora que me atendía —una mujer madura, pelirroja, entrada en carnes pero muy guapa— llenó con mis vagas respuestas la historia clínica y luego ordenó a un par de enfermeras que me efectuaran los análisis de rutina. Al cabo de tres horas de auscultaciones, radiografías y seis pinchazos en el brazo izquierdo, la doctora llamó a un lado a un muchacho alto de porte atlético y sonrisa seráfica —un internista, deduje, por el excesivo em-

peño que ponía en cada cosa que hacía— y le comentó: «Este paciente tiene todos los síntomas que buscabas. Creo que será un caso *bonito*».

Con ese curioso calificativo me trasladaron del tópico de emergencia al noveno piso de ese edificio enorme y sombrío: el pabellón de Medicina General. Jean-Luc, tal era el nombre del internista, resultó ser un tipo simpático, de frases optimistas y ademanes elocuentes, aunque de una impulsividad algo candorosa. «Tienes un virus extraño», me dijo sin rodeos mientras empujaba mi silla de ruedas por un largo corredor. «Pero no te preocupes, te pasará en un mes o dos. La doctora Rosay me ha encargado tu caso porque es justo el tema de mi tesis».

Eché un vistazo al cuarto. Al lado de la entrada dormía otro paciente: un viejito apacible, de piel oscura y cabellera canosa. En la penumbra amarilla parecía un pajarito asustado. «Es peruano como tú», sonrió Jean-Luc. «No hay muchos por aquí. Te hará buena compañía». No sé si lo dijo en serio, pero la verdad es que esa noche no pude dormir bien. Cada media hora el viejito convulsionaba o entraba en un acceso de tos que resonaba terriblemente en todo el hospital. Al otro día varios pacientes del pabellón se acercaron hasta mi cama para darme la bienvenida y compadecerse de que me hubiera tocado ese cuarto. «Debe pedir que lo cambien cuanto antes», me aconsejó preocupada una señora gorda a la que iban a operar de una apendicitis. «¡Ese viejo es el *diable!*».

El viejito se despertó bastante tarde, poco antes del mediodía. Tenía los ojos hundidos, la cabellera despeinada, y la lentitud de sus movimientos revelaba los efectos secundarios de algún somnífero. «Buenos días», me saludó con un tono militar mezclado con el inconfundible dejo andino. «Mi nom-

bre es Ernesto Palomino Pancorvo, para servirlo». Iba a responderle el saludo, pero no me dejó hablar. «Soy panadero, de la Marina de Guerra del Perú, treinta y cinco años de servicio, señor». «Ah», le dije, «qué coincidencia: mi padre también fue marino». Incomprensiblemente no siguió el hilo de la conversación sino que volvió a repetirme lo mismo, como si no me hubiera escuchado: «Soy Ernesto Palomino Pancorvo, panadero, de la Marina de Guerra del Perú, treinta y cinco años de servicio, señor». Y se quedó observando el extremo de su cama.

Comprendí por su mirada extraviada y el automatismo de su voz que el viejito no estaba bien de la cabeza, y que el temor de mis vecinos no era totalmente infundado. Con todo, preferí no hacerme problemas. El virus raro que yo padecía, según las didácticas explicaciones de Jean-Luc, no pasaba de manifestarse a través de mareos o migrañas e, internamente, de una hinchazón del bazo, pero para que mi sistema inmunológico lo asimilara debía soslayar cualquier tipo de preocupación. Así que, después de los análisis matinales, y de que una veintena de estudiantes de Medicina palpara a diario mi bazo inflamado, me dedicaba a hacer lo que más me gusta: leer, leer buena literatura. Por las tardes recibía algunas visitas; en realidad se trataba de Berenice, la dependiente del hotel donde me hospedaba, y de unos cuantos compañeros de la Agencia, quienes más o menos a la tercera o cuarta semana, debido a una acumulación de ocupaciones, dejaron de venir (solo el «turco» García se presentó una tarde de domingo, en lo más crudo del invierno, trayéndome un cuento suyo sobre su anterior centro de trabajo). El viejito empezaba su rutina a las once de la mañana, cuando dos enfermeras poco agraciadas llegaban al cuarto para bañarlo, afeitarse la barba y peinarlo. Durante

el resto del día se mantenía tranquilo, en silencio, hojeando revistas antiguas o mirando las calles nevadas a través de la ventana. De noche, sin embargo, yo tenía que soportar no solo sus accesos de tos sino sus imprevisibles arranques de cleptomanía: más de una vez lo descubrí guardando con gesto sonámbulo mi tenedor o hasta mi cepillo de dientes debajo de su colchón.

Una noche de esas, en que el viejito trataba infructuosamente de esconder mi televisor portátil en la taza del baño, me harté y decidí despertarlo. «¡Deje eso!», rezongué. Al contrario de lo que yo esperaba, no se alteró, me devolvió calmadamente mi televisor y se fue a acostar a su cama. Al poco rato, me preguntó muy educado cuál era mi nombre. Yo estaba bastante cansado y quería dormir, de modo que le contesté lo primero que se me vino a la mente: «Mi nombre es Jorge Luis Borges, soy escritor». Enarcó las cejas y se quedó en silencio, pensativo, como si esa respuesta le aclarara las cosas.

Durante casi una semana el viejito no volvió a darme problemas; y en ese tiempo improvisé una solución muy sencilla para no escuchar su tos: dormir con los audífonos del *walkman* puestos. Vivaldi o Mozart en el entresueño resultaban reconfortantes. La convivencia pacífica sí es posible, pensé. Sin embargo, una mañana particularmente fría, me quise poner unas medias gruesas de lana que guardaba en el armario, pero no las encontré por ninguna parte. Debía de habérselas puesto ese viejo desconsiderado. Me dirigía a descorrerle violentamente la frazada para ver si las tenía, cuando el viejito me las señaló con rostro arrepentido a un lado de mi cama: allí las había arrojado unos segundos antes, tibias y percutidas, y con un inmenso hueco en uno de los talones. No le dije nada (se había puesto a mirar al techo, en estado de

catatonía), pero por primera vez consideré seriamente la posibilidad de pedir un cambio de cuarto.

Por esa época yo alimentaba una sospecha: la de que Jean-Luc y la doctora Rosay eran amantes. Cada vez que los veía juntos, notaba que cruzaban miraditas cómplices, se rozaban innecesariamente o conversaban con un arrobamiento embobado. Lo de la tesis no podía ser más que un pretexto para verse en cualquier momento. No tardé en confirmar esa sospecha: una noche, al despedirse, se tomaron de las manos y se dieron un beso breve en la boca. Mi deliberado distraimiento hizo que continuaran y que, con el tiempo, me tuvieran confianza. Más aun, la ubicación estratégica de mi cuarto, el descanso de la escalera que daba al tópicico del piso, me llevó a formar parte —sin quererlo— del circuito cerrado de sus amoríos clandestinos, a tal punto de que me dejaban recados o se citaban en mi habitación para después perderse en cualquier ambiente desocupado. Ese papel de celestino me resultaba altamente estimulante, considerando que se llevaban por lo menos unos veinticinco años de diferencia, y que la sombra del marido de la doctora Rosay andaba muy cerca, pues era jefe del pabellón de al lado.

Fueron ellos mismos, Jean-Luc y la doctora Rosay, los que me informaron acerca de los innumerables males de mi compañero de cuarto. Era *todo* un caso: a sus sesenta y pico años padecía de epilepsia, de tuberculosis leve y, para colmo de males, de síndrome de Korsakov, un tipo de demencia senil provocada por el alcoholismo. Había sido, en efecto, panadero de la Marina de Guerra del Perú, y había dado en sus barcos varias veces la vuelta al mundo, pero su afición al vodka y al vino grueso lo había hundido en la locura. Llevaba seis meses y un poco más en París, pasando de un hospital a otro en calidad de menesteroso, y la única

persona verdaderamente interesada en su restablecimiento era una asistente social de la embajada peruana que se negaba a repatriarlo en semejantes condiciones.

Tal vez fue por eso, o porque se trataba de una persona mayor, o porque finalmente éramos dos peruanos solitarios compartiendo el mismo cuarto en un hospital de París, que empecé a tratarlo de otra manera. Lo primero que hice fue *dejar* que escondiera mis cosas: nada me costaba ubicarlas al otro día en una habitación que, al fin y al cabo, no era muy grande, y además los escamoteos se producían cada vez con menor frecuencia. También *dejé* que se volviera a poner (previa zurcida) las medias gruesas de lana que yo ya no pensaba utilizar y que, por lo visto, le hacían falta. Por último, condescendí en colocar mi televisor sobre la mesa metálica que había al pie de nuestras camas, para que así pudiéramos verlo los dos. Yo cambiaba de canales tratando de captar su atención hasta que encontraba algún programa que nos gustara a ambos; por lo general, dibujos animados o series cómicas. Esa fue nuestra primera forma de establecer contacto; la otra fue a través de la literatura.

Una noche de fuerte aguacero en que ninguno de los dos podía dormir, encendí la luz del velador y me puse a leer. «Don Jorge Luis», murmuró el viejito en la semioscuridad, «me gustaría que me leyera alguna de sus obras». Yo estaba justamente releendo el cuento «El aleph» y, más allá de lo gracioso que resultaba que me llamara con ese nombre, pensé que no sería mala idea leérselo en voz alta. En medio del rumor de la lluvia (el agua tamborileaba afuera, sobre el pavimento y las ramas de los árboles), le leí el pasaje de las enumeraciones, esas largas y hermosas enumeraciones visionarias. El viejito me escuchaba con ojos maravillados,

trémulo, la cabeza apoyada entre las manos, perdido el pensamiento en la música y las imágenes. Por momentos subía y bajaba alternadamente la cabeza siguiendo el ritmo de las frases. Y cuando alguna imagen de esa fluencia parecía impactarlo en especial, se detenía como hechizado, con la boca medio abierta. «Hermoso», susurró al final, «muy hermoso». Luego se volvió de lado, se arropó con el cobertor hasta el cuello y se quedó dormido repitiendo para sí mismo esas dos palabras agradecidas.

Esa noche tuvo un sueño tranquilo, sin la crisis de tos. Sin embargo, antes de rayar el alba, lo vi manotear el aire en tinieblas, como si quisiera capturar mariposas, y lo escuché hablar dormido. En realidad no eran palabras, sino una especie de canción, una melodía infantil y repetitiva que iba componiendo con balbuceos y gorgoritos y que interrumpía de tanto en tanto al mencionar nombres de personas, expresiones en quechua. Quizá revivía algún momento agradable de su vida porque su voz era cálida y por momentos hasta sonreía.

No estoy seguro de que llegáramos a conversar, ni tampoco que estuviera en condiciones de hacerlo. A la hora del desayuno, cuando para entablar diálogo le pregunté por los lugares del mundo que conocía, me habló de manera inconexa del contrabando de vinos, de un estuario color turquesa que había visto en las costas de Singapur y de lo difícil que era conservar cualquier tipo de harina cuando se tenía muchos meses en alta mar. Recordó con lágrimas y suspiros una lluviosa mañana de invierno en que, jugando con un lamparín, prendió en llamas el caserío en el que vivía de niño con su madre, en la provincia cuzqueña de Sicuani. Se lamentó de lo cara que estaba la vida y de los malos manejos en que incurría la Junta Militar (creía que estábamos en el

Perú, en los años cincuenta, bajo el gobierno de Odría). Sin embargo, en el momento menos pensado de su deshilvanado monólogo, era capaz de decirme cosas como esta: «Pero todo lo que vemos se olvida, don Jorge Luis; lo único que queda aquí (y se tocaba con el índice el corazón) es el sentimiento, como el de las poesías que usted hace».

Lo decía con gesto visiblemente sincero, sin el menor ánimo de impresionarme. Desde luego, hubo otras oportunidades en que le leí otros relatos y poemas bajo el sortilegio de que yo era Borges (le leía, por ejemplo, «El fin», «El otro poema de los dones», los dos «Poemas ingleses» y todos aquellos textos cuya comprensión no fuera tan difícil). Y en cada lectura que compartíamos, en la noche, antes de dormir, al compás de la lluvia y el viento frío que golpeaba los ventanales, advertía su cara de aprobación, me sorprendían sus comentarios emotivos y me preguntaba si de veras importaba que estuviera loco. Porque siempre he pensado que las personas sensibles al arte son las más confiables del mundo o, para decirlo en términos prácticos, las únicas con las que realmente se puede llegar a intimar. De cualquier modo, esas sesiones de lectura nocturna eran tomadas con simpatía por médicos y enfermeras (Jean-Luc y la doctora Rosay me exigían entre risas un recital de poesía erótica), y con sorpresa y hasta con molestia por los vecinos del pabellón, quienes poco a poco se dejaron de interesar por si me sentía incómodo o no en ese cuarto y, en muchos casos, optaron por ignorarme o mirarme con mala cara las raras veces en que por casualidad debían cruzarse conmigo. «¡Tal para cual, *métèques* de mierda!», tronó finalmente la señora de la apendicitis el día en que, no bien recuperada de su operación, la pillamos husmeando desde el vano de la puerta.

Mi virus, a esas alturas, había resultado más complejo de lo que se me pronosticaba. «Es un microorganismo proteico, de composición cambiante», me explicaba con tono doctoral Jean-Luc, convencido del poder de sus artes suasorias. «Se transmite por el aire y se incuba en la sangre; tú has debido contraerlo en un lugar cerrado. Si estoy en lo cierto, el anticuerpo se encuentra en el colágeno, que también es un compuesto de la sangre». Por si no le creía, me traía libros, apuntes, estadísticas de los últimos congresos de medicina. Y si confundido le preguntaba por algún término o punto oscuro, me miraba con una sonrisa beatífica y luego de trazar unos esquemas y dibujos sobre su cuaderno de notas, se entregaba a una larga y entretenida disertación. En todo caso, yo era su conejillo de indias y estaba allí para ayudarlo a demostrar su teoría. No hubo prueba que no me aplicara con esa idea: me sometió a ecografías, me sometió a tomografías, me sometió a la increíble «pancreotografía digestiva retrógrada múltiple», nombrecito mucho menos complicado que los procedimientos y los aparatos que el examen implicaba (ayuno, enemas, inoculación de un líquido febril en una recóndita venita del pie izquierdo y cinco horas de exposición ante una enorme máquina de rayos infrarrojos). Lo curioso es que, de tantas pruebas que Jean-Luc me hacía, me había acostumbrado a los pinchazos al inicio de cada mañana y me parecía inconcebible disfrutar del desayuno —jugo de naranja y tostadas con mermelada— si antes no me inyectaban suero o me extraían un poco de sangre. El viejito, para bien o para mal, estaba exceptuado de todas esas pruebas y se limitaba a observar el ritual desde su cama. No había nada que lo inmutara, ni siquiera el frío de estepa que hacía. Fuera de sus breves exaltaciones literarias, vivía así, de modo contemplativo, en una suerte de lim-

bo intemporal, creado sin duda por las fuertes dosis de sedantes que le suministraban las enfermeras dos o tres veces al día.

Solo una vez lo vi salir de ese letargo. Habíamos terminado de almorzar y nos disponíamos a comer el postre, que para ese día era higos enteros. «Mire, don Jorge Luis», me llamó de pronto, y cuando reparé en él, comenzó a restregarse los higos contra la cara con una algarabía desenfrenada. Estaba tan alegre, y se le veía tan vivo con el rostro y el cabello erizados de pepitas rosadas, que no dudé en cederle los míos. El resultado fue una explosión de higos reventados que salpicó el piso, las paredes y parte del mobiliario. La habitación quedó como encostrada por las deyecciones de una turba de pájaros al ataque. Se lo comenté divertido, y el viejito se levantó y empezó a danzar y a dar vueltas frenéticamente alrededor de mi cama, aleteando y graznando como un verdadero pájaro. El estruendo de sus chillidos fue tan fuerte que alcanzó la sala del tóxico. La enfermera de turno entró alarmada y, al encontrar el cuarto en tal desorden, no tuvo más remedio que llamar a los paramédicos para que la ayudaran a limpiarlo. Estos no solo trapearon el piso y cambiaron las sábanas sucias, sino que bañaron al viejito con agua helada, lo envolvieron en una bata quirúrgica (el pijama y la ropa interior que llevaba puestos era lo único que tenía) y para neutralizarlo lo sedaron con una dosis dos veces más fuerte que la normal.

El viejito despertó veintisiete horas después, cuando nos trajeron la comida del día siguiente, y en ese largo lapso confieso que me fue difícil conciliar el sueño, temeroso de que los paramédicos se hubieran excedido con el somnífero y no fuera a despertar. Amaneció, sin embargo, rozagante, con buena cara, más animoso que de costumbre. Parecía

que, en lugar de narcóticos, le hubieran inyectado un tónico reconstituyente. Comió toda su dieta e incluso alabó las buenas artes de la cocina. «No hay nada como la comida», suspiró. Para ser sincero, me alegró verlo de tan buen ánimo y, de paso, me sentí liberado de un vago sentimiento de culpa. A los diez minutos, cuando yo empezaba a releer «El Sur», le oí decir algo sobre la conveniencia de dar una vuelta para digerir mejor la comida. «Ya lo creo», le dije, sin prestarle mucha atención. Al poco rato volví la mirada a su cama y me di cuenta de que ya no estaba. Se había ido a pasear sin permiso, descalzo, con la bata de yute mal cerrada que apenas si le cubría el magro cuerpo desnudo. Ningún paciente en su sano juicio hubiera abandonado así el contacto con una frazada, y menos aun con esos trancazos de viento helado que amenazaban con romper los cristales de las ventanas. Por inverosímil que parezca, ni los guardias ni las enfermeras lo vieron salir del edificio. Los paramédicos que fueron a traerlo de vuelta me contaron que lo encontraron al cabo de media hora a cinco cuadras del hospital, completamente desnudo, bajo una polvorienta mata de siemprevivas, jugando feliz con unos montículos de nieve.

Después de ese episodio, en las dos semanas siguientes que permanecí en el hospital, algunas cosas cambiaron. El proyecto de tesis de Jean-Luc fue rechazado por partir de un supuesto equivocado: mi virus no tenía nada que ver con el colágeno. El deprimido Jean-Luc no tuvo cara para decírmelo, pero me envió el informe del decano y una nota de disculpas con la doctora Rosay. Mi caso, en tales circunstancias, perdió interés y, «por mi propia comodidad», fui trasladado a otro pabellón, a un cuarto individual. Sé que el viejito —misteriosamente restablecido de la tos— se quedó en el mismo, aunque por un plazo perentorio pues

la dirección consideraba que debía ser derivado a una casa de salud mental.

La mañana en que finalmente me dieron de alta, había terminado el invierno. Me costó trabajo reincorporarme a la realidad. Las calles sin nieve de París, vistas desde el apacible pórtico del hospital, me parecían demasiado bulliciosas. Pero nadie que pasara por ahí iba a reparar en eso, ni en eso ni en nada, porque el cielo estaba más azul que nunca y el sol brillaba ya en lo alto anunciando un día maravilloso.

## LA TIERRA MÁS LEJANA

*De todo un mundo soleado  
no deseo sino un banco de un jardín  
donde un gato tome sol...  
Allí estaría sentada  
con una carta contra mi pecho,  
una sola carta pequeña.  
He aquí como es mi sueño....*

Edith Södergran

HE VUELTO A PARÍS. Este viaje es diferente del que hice hace treinta años, cuando estudiaba el posgrado en Berlín y cada fin de mes me daba un salto para conocer las principales ciudades europeas, o del de hace cinco, cuando Ana y yo vinimos de segunda luna de miel. Ahora he regresado solo y me he instalado en una elegante habitación del Ritz, en esta mañana gris de invierno en la que corre un viento helado, como le hubiera gustado a Véra, para quien era impensable venir a París en una época que no fuera invierno e hiciese mucho frío. Y es precisamente por ella que he venido, para reconstruir lo que fue su vida aquí, para estar en los lugares en que ella estuvo y ver lo que ella vio.

En casa éramos cuatro hermanos: Ernesto, Lucía, Véra y yo, que soy el mayor. Con los dos primeros nos llevamos un año de diferencia, pero Véra nació algo después, cuando Lucía, la penúltima, tenía siete años. Nuestro padre era un polaco exiliado que había llegado no tan joven al Perú para hacerse un destino. Se casó con mamá y juntos pusieron una pequeña fábrica de telas. Con el dinero que iba rindiendo el negocio compraron una casa en las afueras de Lima, una casa grande y antigua, de largos corredores y techos altos, con un mirador en forma de castillo y un bonito jardín boscoso en los que solíamos jugar de chicos.

Sé muy bien que todos los niños tienen alguna peculiaridad, pero Véra era bastante especial. Gordita, con el cabello extremadamente corto, y sus inmensos ojos grises siempre muy abiertos (ella era la única de los cuatro que había heredado los ojos de papá), andaba sola, distraída, como metida en su propio mundo. A pesar de que Lucía le tenía apego y la llamaba para jugar, ella prefería estar entre los matorrales, dibujando con los dedos sobre la tierra húmeda, cantando canciones que ella misma inventaba, o conversando con amigos o animales imaginarios. Si se aburría, sin importarle que fuese un atardecer lluvioso u oscuro, no dudaba en saltar la cerca de madera e irse hasta la zona alejada de los cerros, a esperar en la estación ferroviaria la partida de algún tren tronante y herrumbroso, de cuyos sucios vagones con las justas la llegábamos a sacar. No acostumbraba hablar con nadie, pero a veces sentía la necesidad de buscar a alguien para contarle alguna cosa disparatada. Y cuando lo hacía, hablaba entrecortando o juntando incomprensiblemente las palabras, y con esa forma extrañísima de pronunciar las vocales que habría de caracterizarla aun de adulta. Recuerdo que durante una época se le metió la idea de que alguien le había

cambiado la cama por otra más chica. Se levantaba a cualquier hora de la noche, pálida, sollozando, y nos despertaba a todos para que fuésemos a ver lo que le había ocurrido a su cama. No le había pasado nada, por supuesto. Y como solo al principio le hacíamos caso, mamá tenía que dormir con Véra para que se tranquilizara.

Nuestros padres solían pasar todo el día trabajando en el negocio y llegaban muy tarde a casa. Mamá por lo general era un pan de Dios, pero papá tenía mal genio y se irritaba por cualquier cosa. Antes de irse a descansar inspeccionaba la casa y nos gritaba fuerte si encontraba nuestros cuartos desordenados o algún mueble de la sala fuera de su sitio. La que más padecía ese carácter irascible y sus manifestaciones un tanto autoritarias era la pobre Véra, quien nunca estaba cuando él la llamaba o se presentaba a comer con la cara y las manos negras de tierra, o los bolsillos del vestido llenos de piedritas y ramitas secas. Pero era ella también la que más disfrutaba de sus repentinos accesos de alegría. Porque a veces papá estaba inexplicablemente contento y se ponía a tocar el violín en la sala sin previo aviso. Los hermanos mayores bajábamos de vez en cuando de nuestros cuartos para escucharlo, pero la que siempre se aparecía estuviera donde estuviera, silenciosa, como seducida por la música, era Véra. Se recostaba fascinada en cualquier rincón y conforme papá iba tocando canciones más alegres, se movía, se desplazaba entre los muebles, bailaba alrededor de papá, y si las canciones eran más bien melancólicas, se envolvía entre las cortinas blancas que separaban la sala del comedor, giraba sobre sí misma, anudándose, desanudándose otra vez, sobrecogida por una especie de éxtasis.

Desde la ventana de mi habitación veo la Plaza Vendôme: un amplio cuadrilátero de mármol con poca gente, la columna verde musgo cuya cima con la estatua de Napoleón se pierde entre las brumas del cielo anubarrado. Releo una vieja postal de Véra en que se repite idéntica esta imagen: «París es mejor de lo que soñaba. Aunque no lo creas, esta garifa hermana tuya acaba de cenar riquísimo y con un valet al lado en el restaurante del Ritz. El exquisito menú ha sido caracoles con ajo y perejil, tarta tatín y una copita de caberné... Ah, solo París ha conseguido que me porte como una verdadera niña buena». No lo supe sino hasta hace algunos años (cuando se publicó su primera o segunda biografía), pero Véra se daba esos lujos cada cierto tiempo gastándose el dinero de la beca que debía durarle para todo un mes. Me imagino que debió de escribirme en un día nublado como este. Y pensar que Hemingway decía que siempre volvía al Ritz porque guardaba la esperanza de que el cielo de este lado fuera tan bueno como el hotel.

La conducta de Véra cambió un poco con la adolescencia. Escribo *cambió* pero inmediatamente me doy cuenta de que la frase no es tan precisa: cambiaron sus hábitos, no su manera de ser. Dejó los juegos solitarios del jardín y estableció su refugio personal en su cuarto, en el que, a pesar de la inicial oposición de papá, pintó una pared totalmente de azul y la empapeló con fotografías y poemas. Era la época en que se encerraba a leer —leía varias horas seguidas y muchos libros a la vez— y a escribir sus primeros poemas, poemas que muy raras veces nos enseñaba a sus hermanos y que casi no podíamos entender (Lucía se casó apenas cumplió la mayoría de edad y a lo más leía

libros de cocina; Ernesto y yo habíamos ingresado a la universidad y él solo tenía cabeza para los estudios de Ingeniería y yo para los de Arquitectura). Era la época también de su adoración por Pierre Brasseur, un nada atractivo actor francés de moda del que había visto todas sus películas y cuyas fotos pegaba a menudo en la pared de su cuarto.

Además de ir al cine, a Véra le encantaba visitar la casa de al lado. Era una casa mucho más grande que la nuestra, con enrejado de bronce, caminos de cascajo y una fuente de piedra en la entrada, pero tenía la desolada apariencia de un palacio destruido o una mansión embrujada. En ella vivía una anciana de edad inimaginable que no se daba con nadie, pero que por alguna extraña razón Véra conocía y a la que le gustaba llamar *La condesa*. Una tarde nos convenció a Lucía y a mí de que la acompañáramos a verla. Nos recibió encantada, aunque quejándose de que los criados no nos hubiesen abierto la puerta a tiempo. Nos llevó hasta una salita de muebles de madera apolillada y cuadros antiguos cubiertos de polvo. Mientras Lucía y yo mirábamos con atención las cosas, la anciana nos explicaba que esa era una casa de la nobleza, que los muebles habían sido hechos en París y Viena, y que ella era descendiente directa de los reyes de Inglaterra. Nosotros no teníamos la menor duda de lo que decía, pero era imposible no fijarse en los agujeros de su vestido, en su maquillaje alucinado, en su peluca de utilería. Nos ofreció una taza de té y galletitas; Lucía y yo no queríamos pero Véra aceptó feliz. Entonces la anciana tocó una campanilla de plata para que vinieran los criados a atendernos. Pasaron varios minutos y nadie venía. La anciana se desvivía en gritos en falsete y llamadas de atención pero nadie venía. Gozando del pla-

cer perverso de esa situación, Véra dijo que debíamos irnos porque ya era tarde. Y Lucía y yo comprendimos que solo para eso la visitaba.

A poco de acabar el colegio, Véra ingresó a la universidad, a la Facultad de Humanidades. Allí empezó a relacionarse con gente que compartía sus mismos intereses y a publicar sus poemas. Contrariamente a lo que pensábamos (a Lucía le había confesado alguna vez sentirse *un poco fea* por ser gordita y tener acné), no trataba de pasar desapercibida sino de llamar la atención poniéndose ropas extravagantes y coloridas. Incluso no temía leer sus poemas en público y hacía de su rara voz un valor añadido. Pero Lima y su reducido espacio universitario no cubrían sus expectativas. Ella necesitaba viajar, salir a esa tierra más lejana que era como su sueño dorado.

Camino por el corazón de París. A diferencia de ayer, el día está claro y la gente se ha lanzado a recorrer las calles de la ciudad. Parisinos y turistas de todo pelaje y vestimenta circulan con gesto despreocupado por la Rive Gauche, y las terrazas de los cafés están todas atestadas de hombres y mujeres que conversan animadamente sobre cualquier cosa u observan en silencio cómo transcurre la vida, bajo la sombra amable de los árboles. ¿Qué me puede separar ahora de estas personas que respiran con alegría el mismo aire? ¿De qué manera uno puede sentirse solo en París? Quizás sea cierta esa imagen —transfigurada de un poema de Quasimodo— de que la soledad es estar a pleno día en medio de una multitud y sentir, súbitamente, que anochece. O quizás, como escribió Véra, no consista en no estar entre los otros, sino simplemente en no estar.

De pronto, como si se cumpliera eso de que el cielo de París es absolutamente independiente de cualquier pronóstico climático, la mañana se nubla y se desata una lluvia torrencial. Algunas personas precavidas sacan sus paraguas y otras como yo buscan meterse a cualquier lugar. Yo corro apresuradamente. Y a la vez que corro no sé por qué pienso que la lluvia corre también por las calles antiguas siguiendo la ruta de los *quartiers* que se despliegan en ondas helicoidales como si fueran la concha de una caracola. Y que esa agua triste y vertiginosa se escurre luego por el cielo gris del pavimento e ingresa con la ruidosa vehemencia del mar por el laberinto de túneles y alcantarillas del *métro* que, allá abajo, forma una ciudad subterránea.

Me he informado tanto sobre tu vida en París, Véra, que es casi como si te estuviera viendo. Vives en un cuartito sucio y penumbroso, en el piso más alto (más barato) de un hotel de última categoría de la rue du Bac, cuyo *concièrge* es un cadaqués viejo y cascarrabias que te hace la vida imposible cuando no pagas el alquiler. Te pasas las noches y los fines de semana en blanco, leyendo o escribiendo hasta el amanecer, reinventándote a ti misma en la continua exploración del lenguaje. Tu único compañero de encierro es Isidoro, un gato gris medio enfermo que recogiste de la calle y que come tan poco y tan mal como tú porque el dinero no alcanza o, cuando lo hay, lo despilfarras en ir a restaurantes lujosos o comprar ediciones caras de tus autores fetiches en una librería inglesa. Odias tu trabajo, el único posible hasta ahora, ese oficio extenuante y embrutecedor de la corrección de pruebas en una editorial de libros escolares donde te han dado por oficina un baño clausurado.

«Qué ironía, ¿no?», le cuentas a una amiga en una de tus últimas cartas. «Venir a París a corregir poemitas y cuentos para niños en un W. C.». Pero cuando llegas a casa, a tu «ciego navío claudicante», te sientes liberada frente a la máquina de escribir, hacedora de un mundo de palabras e imágenes que es tuyo, absolutamente tuyo. Un mundo que por lo demás es tu única tabla de salvación para ese naufragio interior que se anuncia día a día como un oleaje oscuro (sobre todo desde que supiste de la repentina muerte de papá) y cuyas tempestades los especialistas no se atreven a llamar por su verdadero nombre: la tristeza. Y sin embargo, te divierte salir con tus amigos a los cafés, contarles las historias irreales de tus amores imposibles, quebrar la seriedad de cualquier conversación con tu humor negrísimo, con tus salidas brutalmente irónicas y procaces, aun cuando la sombra de la culpa a veces no te deje dormir con esas horribles pesadillas en las que sientes que te estallan los dientes como nueces quebradas. Y, claro, cuando estás lo suficientemente tranquila, también te gusta salir con Isidoro a recorrer las calles de París sin rumbo fijo, meterte de contrabando a un cine nuevo en el que pasan una película antiquísima, contemplar las casonas de nobles que se caen de viejas, sentarte por horas en la banca de una plaza a escuchar las repetidas melodías hipnotizantes de un acordeonista negro, o pasar una y mil veces por esa panadería de árabes de la que sale el aroma exquisito de un pan caliente que de seguro no puedes comprar.

He llegado algo mojado al Café de Flore y ha sido como ingresar a otro mundo. Mientras que afuera llueve ruidosamente, aquí el delicado resplandor de las lámparas, la cale-

facción temperada, la decoración con paredes de madera y sillas de tartán, y un Vivaldi suave y apacible que casi flota en el aire me han devuelto a la calma. Sé perfectamente que te encantaba venir a este lugar porque no solo era el punto de reunión con tus amigos y los artistas e intelectuales que más admirabas, sino porque quedaba muy cerca de tu cuarto. Me quito entonces el abrigo y me acomodo en una mesa del rincón, al lado de un amplio ventanal que da a la recta de la rue du Bac, donde está el hotel que ocupaste por cinco años.

En ese tiempo en que no nos vimos, me casé con Ana, me ascendieron a subgerente de la empresa donde trabajaba, tuve a mis tres hijos: Javier, Vania y María. Las noticias de tus primeras tentativas me llegaron tardíamente, como vagos rumores que ensombrecían la aparición de tus primeras publicaciones en el extranjero y a los que, naturalmente, no había que prestarles mucha atención. Pero cuando me enteré de que lo habías hecho finalmente, me hundí en esa silenciosa, anonadada consternación en la que habría de caer casi toda la familia (como siempre, a mamá tuvimos que maquillarle las cosas). Sufrí un terrible choque emocional que me impidió trabajar por varios días. No podía conciliar el sueño o despertaba sobresaltado, sudando, haciéndome tantas preguntas. ¿Qué te había faltado en tu soñado París? ¿Por qué habías tomado semejante decisión, tú que eras la más inteligente y la más talentosa de los cuatro hermanos?

Desde entonces me la pasé averiguando, leyendo cuidadosamente los libros que escribiste, intentando estos desordenados apuntes, reconstruyendo por medio de tus amigos y biógrafos tu estadía en París y todos esos años que viví

contigo en familia casi sin darme cuenta. Múltiples y diversas son las razones que puede tener un escritor —en realidad, cualquier ser humano— para querer vivir, como múltiples y diversas las que puede tener para querer quitarse la vida. Durante muchos años me he preguntado cuáles fueron las tuyas. No creo en una explicación patológica, como la que sutilmente ha deslizado tu médico; tampoco creo en la radicalidad de tu malditismo literario, como quiere tu biógrafo W. L. Yo, que tan poco sé de estas cosas, me he inventado mi propia respuesta. Siempre anduviste por las nubes, como escindida de los demás, pero lo que de niña era una extravagancia, una simple curiosidad (todos de chicos somos más o menos inconscientes, más o menos locos), de grande se convirtió en una radical diferencia que no te permitía asentarte en el mundo y que, en lugar de tratar de eliminarla u ocultarla, te empeñaste en proteger como si fuera tu tesoro individual. Ese es todo el misterio. Pero apenas escribo esto, lo expreso con palabras, comprendo que no es tan sencillo. ¿Qué es lo común? ¿Qué lo diferente? ¿Por qué o por quién debemos abandonar nuestra íntima naturaleza? Vaya a saber uno si en el fondo existe *una sola* respuesta. De todas formas, no es posible andar filosofando todo el tiempo; tengo que aferrarme a alguna explicación racional si quiero seguir durmiendo tranquilo.

Ahora que tengo tantos datos en mente, es como si recordara nítidamente esa noche. Me veo de pronto en mi auto, volteando el boulevard Saint-Germain, y allí están la luz giratoria de la ambulancia, el amontonamiento de policías y curiosos en la entrada, la desesperación por subir cuanto antes al último piso del hotel. «Lo hizo, Antonio», me alcanza a murmurar Beatriz, deteniéndome, procurando mantener la serenidad que la palidez y el temblor de su

rostro le negaban. Veo a otras amigas tuyas llorando abrazadas a un lado del zaguán, en voz baja, pero no tengo el valor de acercarme. El viejo cadaqués porfía con el teléfono, seguramente llamando a una morgue. Atravieso la salita desordenada y con ropa sucia en los muebles; contemplo, como si lo hiciera por primera vez, tus estantes repletos de libros, tu vieja mesa de trabajo verde, la ventana con su vidrio lloviznado. De lo alto del techo cuelgan unas flores de papel, enloquecidas por el viento. Más allá, adentro, se ahonda tu habitación abierta, en sombras. «¿Isidoro?», me pregunto. «¿Dónde está Isidoro?», me pregunto absurdamente. Pero el animal me salta a la pierna cuando me doy cuenta de que los policías te desenredan de unas cortinas blancas y acomodan tu cuerpo desnudo sobre una camilla. Me quedo quieto, sin pensar, dejando que algo oscuro y violento me arrase la garganta. Tengo lástima, no por ti, sino por nosotros que no supimos (o no quisimos) comprenderte. Un policía de pelo cano me atrae por el hombro; antes de salir echo un último vistazo. Lo recordable —lo único recordable en ese infierno— es que tus enormes ojos grises están abiertos, y todavía conservan la misma extrañeza, la misma inocencia luminosa.

He pedido un *petit noir* y un vaso con agua. El mozo, un hombre alto y barbado, cincuentón como yo, me trae el servicio exhibiendo una simpática sonrisa. Le pregunto si trabaja hace mucho tiempo aquí. Me dice que sí, desde joven, y me comenta orgulloso que ha conocido a grandes escritores como Sartre, Beauvoir, Bataille. Me señala una mesa de mármol al fondo, junto a la estufa, donde Sartre se sentaba a escribir todo el día. Le pregunto por ti. Hace un poco de memoria,

duda y me dice que te recuerda, que recuerda tus *boutades* y tus risotadas de niña perversa en medio de tus asombrados acompañantes. «Una gran conversadora», me dice. Luego su cara cambia, se nubla y me pregunta si alguna vez llegué a conversar contigo. Le contesto (le miento) que sí. Que muchas veces.

Tomo el café y el agua sin mucho ánimo, casi mecánicamente. De golpe ya no tengo ganas de ir a tu cuarto, de cotejar si la imagen que tengo de él en la mente coincide con la realidad. Es inútil.

Dejo una buena propina y salgo del Flore. Afuera ha dejado de llover. Un débil viento de atardecer seca el agua empozada en las calles y lentas, pequeñas nubes negras ascienden y se disuelven en el horizonte húmedo.

Es muy temprano para volver al Ritz. Prefiero, pequeña, ponerme a caminar a la orilla del Sena, ya de anohecida, mirando distraído para todas partes, lejos, más allá de esta tierra lejana, mucho más lejos, buscando en el silencio tu voz, tu voz y tus ojos irrecuperables.

## HISTORIA DE BERENICE Y EL CANTANTE OLVIDADO

ANTES DE VIAJAR A SUIZA monsieur Caló dejó encargado el hotel a Pablito y a Berenice. Ella sería la administradora y Pablito la reemplazaría en sus quehaceres de camarera y lavandera. Para ese entonces ambos habían pintado la fachada de blanco y arreglado los muebles destartalados de la sala de recibo, pero el dinero no había alcanzado para cambiar el sistema de calefacción, de manera que sería otro invierno con las estufas encendidas en los rincones de cuartos y pasadizos. A monsieur Caló los cambios de apariencia le parecían más importantes que cualquier otra cosa porque era temporada baja y varios hotelitos del Pasaje Sommeil habían cerrado por falta de clientela. Tan pocas personas venían a visitar el Barrio Latino por esa época, que el primer huésped recién asomó al quinto día de la partida de monsieur Caló.

—Buenas tardes —saludó amablemente, con un hilito de voz ronca que apenas si se escuchaba. Era un latino cincuentón, alto y no mal parecido, de buena vestimenta, aunque con un cansancio y una lentitud que le daban un aire sombrío. Dijo que quería hospedarse unos cuantos días, a lo cual Berenice respondió que todos los que quisiera, a

condición de que los pagara por adelantado. Así lo hizo, cancelándole en efectivo más de una semana, y enseguida se instaló en una habitación del segundo piso sin dejar siquiera que Pablito lo ayudara a subir sus maletas.

—¿Quién es ese bicho? —escuchó entonces Berenice la voz alegre del señor García, un joven colombiano que, como muchos otros, había venido a París a ser escritor y ocupaba el altillo del hotel; él era, además, el único huésped antiguo a quien monsieur Caló no había desalojado después de la refacción—. No me digas que por fin tenemos un compañero para afrontar las insidias de este invierno...

—Así parece —le confirmó sin muchas ganas—. Y ojalá que este no sea el único en venir.

El invierno fue más malo de lo que esperaban. Oscurecía demasiado pronto, llovía horas de horas y en cualquier momento entraba un viento frío y silbante que hacía golpear los cristales de las ventanas contra las paredes. Llovía tan seguido, que Pablito y Berenice tenían que levantarse temprano para limpiar el agua acumulada en el vestíbulo durante la noche anterior. El nuevo huésped casi no salía de su cuarto; una o dos veces al día iba al café de enfrente a comer algo. Berenice no le prestaba mucha atención, se limitaba a saludarlo y a guardar y entregarle la llave cada vez que se lo pedía; pero una tarde el señor García llegó entusiasmado por un hallazgo que al parecer había hecho. Traía, como siempre, el mismo overol azul bajo la desteñida casaca de *corduroy* granate, y un cigarrillo humeante entre los dedos.

—Lo que es la vida, mi querida Berenice. Estaba revisando el archivo de la Agencia para redactar una nota sobre el teatro Odéon y me encontré con esta foto —puso un viejo recorte de periódico sobre el mostrador y le señaló una foto

en blanco y negro en la que aparecían varios señores muy bien vestidos—. Fíjate, ¿no es este que está al medio el nuevo inquilino?

Era él, efectivamente. Si bien se le veía con muchos años menos, llevaba un bigotito ralo de puntas levantadas y estaba vestido con un impecable frac negro, no había duda de que la cara era la misma.

El señor García leyó en voz alta lo que decía debajo de la foto y se lo tradujo (Berenice con las justas entendía algunas frases en francés).

—Nuestro compañero es un tenor —remarcó con satisfacción el señor García—. Un tenor *spinto*, además, capaz de cantar cualquier cosa.

El rostro todavía de niña de Berenice —los ojos grandes, el arco de pelo negro y lacio cubriéndole parte de las mejillas— se quedó pensativo. No se lo dijo, pero ella no sabía exactamente lo que era un tenor. Mejor dicho, tenía alguna idea, aunque en su vida había escuchado a uno; solo recordaba que de chica había visto un afiche con la foto de uno de esos cantantes españoles que muy de vez en cuando llegaban al cinema Visión de Arequipa, donde, desde que murió su papá, su mamá trabajaba de boletera.

—Debe de estar en total bancarrota —comentó compadecida—, digo, como para tener que hospedarse en este hotel.

—No creas —repuso de inmediato el señor García—: París está lleno de hotelitos como este en que viven artistas que alguna vez fueron famosos o que simplemente quieren pasar desapercibidos. Aquí mismo, según me contó orgulloso monsieur Caló, estuvo algunos días el gran Hemingway.

Saber a qué se dedicaba no cambió en nada el trato de Berenice con el nuevo inquilino, o sea, siguió siendo de una

cordialidad un tanto indiferente, aunque a decir verdad a partir de entonces no pudo evitar mirarlo con mayor detenimiento. Al regresar del café de enfrente, adonde solo salía a desayunar y a comer, el tenor pasaba por la botica para comprar medicamentos llevando siempre bajo el brazo un mismo libro cuyo título era (según pudo ver ella una vez que lo dejó olvidado sobre la mesa de la recepción) *El jugador*. Eso la llevó a pensar que quizá sufría una enfermedad grave, una enfermedad silenciosa pero terrible, y que su desgracia económica se debía al juego. Le daba vueltas esa idea en la cabeza cuando el señor García llegó una noche muy tarde anunciando nuevas noticias.

—No me lo vas a creer —le dijo—. El tenor es tu compatriota, Berenice. Revisando periódicos antiguos me topé con uno en que se hablaba de su carrera artística; es de La Punta o algo así, de una familia muy pobre de pescadores. Trabajaba de grumete en la Marina, limpiando las cubiertas de los barcos, hasta que un buen día sus superiores descubrieron su portentosa voz. Al parecer, un capitán que sabía de canto lo escuchó y no paró hasta conseguirle una audición con el propio Presidente de la República. Este se emocionó tanto con su interpretación del *Ave María* que decretó que lo enviaran a estudiar a Europa con todos los gastos pagados. Fue así como llegó a la Scala de Milán...

—¿Y después qué pasó?

—La verdad es que no sé: el artículo es de hace veinte años y no dice más. Mañana voy a seguir buscando; ahora quiero ponerme a escribir algo antes de que me tumbé el sueño. Tengo una nueva historia en mente.

El señor García aprovechaba las noches para escribir. A veces hasta se amanecía escribiendo en su cuartito del altílllo, sin otra compañía que sus infaltables cigarrillos de taba-

co negro. Al principio a Berenice le molestaba el tacataca de su destartalada máquina de escribir, su «pequeña Remington» como él irónicamente la llamaba y, sin embargo, con el tiempo se fue acostumbrando. Monsieur Caló decía que era un escritor con talento. En una oportunidad en que no tenía con qué pagarle (todavía no había conseguido su puesto de redactor en la Agencia de Noticias, solo trabajaba de cuando en cuando en una compañía llamada Cercieux y, en los días extremos, se desgañitaba cantando vallenatos en los bares cercanos del Barrio Latino), el señor García le dejó en prenda algunos cuentos y los capítulos iniciales de una novela. Monsieur Caló los leyó y quedó tan bien impresionado que le propuso no cobrarle el alquiler hasta que terminara la novela. Cuando Berenice empezó a trabajar en el hotel, el señor García llevaba ya casi medio año ocupando el altillo, pero eso no parecía importarle a monsieur Caló con tal de que continuara escribiendo. «Ahí donde lo ven», les comentaba en secreto a Pablito y a ella, «este *métèque* tiene una imaginación y un estilo muy peculiares; a estas alturas no me extrañaría que a cualquiera de nosotros nos haya convertido en uno de sus personajes».

Curiosamente, la noche siguiente a la de la última conversación que tuvieron, Berenice no lo vio llegar a dormir. Le preguntó a Pablito por él y este le aseguró que no lo había visto en todo el día. Tal vez, pensó Berenice, debía de haberse quedado trabajando en la Agencia o, como ella misma lo pescó alguna vez, haberse ido de parranda con las prostitutas motorizadas que merodeaban por las avenidas Fouquet y L'Elysée. Eso no parecía nada raro, pero lo que sí le llamó la atención fue que tampoco se apareciera al otro día. Por si acaso llamó a la Agencia y como le informaron que también andaban buscándolo, se asustó de veras. Ya

pasada la medianoche, se decidió a salir con Pablito a recorrer los principales hospitales de París. Al final, como a las tres y media de la mañana, lo encontraron en la carceleta de la Prefectura. Estaba con un grupo de turcos indocumentados que la policía francesa había encerrado por prevención, pues por esos días había empezado la guerra con Argelia. Por su piel oscura, sus bigotes gruesos y su aire medio árabe lo habían confundido con un argelino. Y sinceramente se le veía tan ojeroso y desencajado, que hasta a la propia Berenice le costaba trabajo diferenciarlo de esos hombres.

—Acércate —la llamó a la celda entre turbado y contento de verla—. Quiero contarte algo. ¿A qué no imaginas lo que he averiguado sobre el tenor?

—Por favor, señor García, olvídense de eso. Lo importante es que usted salga de aquí.

—No, esto también es importante. Nuestro amigo llegó a cantar en el Opéra, nada menos que con el tenor de tenores, el genial Carusso, ¿te imaginas? Viajó por todo el mundo, hizo mucho dinero, pero lo perdió todo en el juego y las mujeres. De la noche a la mañana se volvió un don nadie, no se supo más de él. Dicen que para olvidarse de todo se hizo internar en un manicomio.

—¿En un manicomio?

—En realidad no duró mucho. Al comienzo los médicos estaban entusiasmados con su presencia pues a veces se ponía a cantar y eso creaba un efecto beneficioso en los demás pacientes, como que los relajaba y tranquilizaba. Pero después fue todo un problema: los locos querían cantar como él y lo hacían todos juntos y en cualquier momento, de manera que se tornaron incontrolables...

Iba a seguir contándole más cosas cuando un policía le sugirió a Berenice que mejor esperara en la oficina del comi-

sario. Ella conversó con el oficial encargado, le explicó lo de la confusión y consiguió sacar al señor García al borde del amanecer, después de firmar una declaración. De regreso al hotel, Berenice le rogó al señor García que dejara en paz el asunto del tenor al menos por un tiempo. Se sentía agotada.

A mediados de enero París amaneció cubierto de nieve; las mañanas se volvieron más turbias y tristes, y soplaba un viento de perros que provocaba no salir ni un segundo a la calle (apenas uno cruzaba la puerta del hotel, un fuerte ventarrón lo empujaba por la espalda o se le quedaban atascados los zapatos en la nieve). Este recrudecimiento del invierno hacía que aumentara la humedad, y que Pablito y Berenice temieran a cada instante que se descascararan aun más las paredes de los cuartos o que se levantara el débil entarimado del primer piso. Afortunadamente, la nieve trajo también a un nuevo huésped, un estudiante cubano bastante subido de peso que le cayó muy bien a Berenice desde el primer momento en que lo vio. Pidió una habitación en la primera planta porque padecía de un fuerte dolor de columna y el médico le había prohibido hacer grandes esfuerzos. Ella lamentó lo de su columna y le aconsejó, medio en serio medio en broma, que intentara bajar algunos kilos. El estudiante no solo lo tomó con buen humor sino que estuvo un largo rato contándole las innumerables dietas por las que había pasado. La mamá de Berenice, que a sus hermanos y a ella los había curado siempre con medicinas naturales, había estado en un trance similar y se había tratado con una dieta de vegetales, así que le recomendó probarla. Ni bien la tuvo anotada en un papel, el estudiante mandó a

Pablito a comprar los ingredientes al mercado de Saint Quentin: pensaba seguirla desde ese mismo día.

Durante algún tiempo el señor García no mencionó el tema del tenor para nada, ni siquiera se animó a acercarse al mostrador, hasta que una noche se volvió a aparecer con su gesto intrigante. Le aseguró a Berenice que, conociéndola, y con lo curiosas que eran todas las mujeres, no dudaba que hubiera aprovechado la menor oportunidad para entablar conversación con un personaje tan misterioso. La verdad, sonrió ella, aunque la idea la tentaba, no lo había hecho ni pensaba hacerlo. A la mañana siguiente, sin embargo, fue el tenor quien lo hizo. Berenice estaba cambiándole el carbón a las estufas del corredor cuando él se detuvo a saludarla. Se le veía con el rostro descompuesto, y estaba abrigadísimo, enfundado en un grueso abrigo de paño gris. Se quejó del frío que hacía y de una persistente crisis de asma que no cedía con ningún medicamento. Le dijo que por casualidad había conocido al nuevo inquilino cubano, quien le había comentado con satisfacción los buenos resultados que le estaban dando sus consejos naturistas. Con voz rasposa pero muy amable le preguntó si conocía algún remedio casero para el asma. Ella se apresuró a aclararle que lo poco que sabía de medicina natural lo había aprendido por experiencia propia a través de su mamá. Pero sí, claro que conocía uno. Es más, ella misma podía prepararlo y alcanzárselo más tarde, siempre y cuando le consiguiera todo lo necesario.

Así fue. Esa misma noche Berenice le subió al cuarto una garrafa llena de una infusión caliente. Al entrar, la asombró ver lo bien ordenada que tenía la pieza: la cama bien tendida y nada de ropa fuera de su sitio. Le parecía increíble encontrar un inquilino —un hombre, mejor dicho— que con su descuido no convirtiera la habitación en una cueva

de ladrones. «¿Cuánto le debo?», le preguntó el tenor de buena manera. Como Berenice no aceptó ningún pago a cambio, él se desvivió en agradecimientos y elogiosos comentarios: tuvo la ocurrencia de asociar su buen gesto a la célebre constelación que el nombre de ella evocaba; hasta le oyó exclamar que era un alivio tener como *concièrge* a una compatriota en lugar de las típicas porteras francesas, viejas y amargadas. «La infusión es una cortesía del hotel», le dijo Berenice. «Procure nomás tomarla unos cuantos días».

Por tres o cuatro días Berenice se encargó de llevarle la infusión al cuarto. Y a medida que el tenor la tomaba, ella iba notando que se atenuaba su asma, se aclaraba su voz y hasta mejoraba su pálido semblante. De vez en cuando Berenice se cruzaba por las escaleras con el señor García, quien se sonreía y la miraba sin decir palabra, para luego alejarse silbando *Toujours aimer*, una pegajosa canción de Edith Piaf. Desde luego, ella ayudaba al tenor desinteresadamente, como debía de hacerlo con cualquier otro inquilino. Aunque, en el fondo, tenía la esperanza de oírlo cantar. La intrigaba saber cómo era su voz, cómo cantaban los tenores.

A lo mejor fue por eso que un día se animó a hurgar en el *loge* de monsieur Caló. El *loge* era un cuartito oscuro y polvoriento que quedaba a la espalda de la sala de recibo (todos los hoteles de París, hasta donde ella había visto, tenían uno). Monsieur Caló dormía a veces allí y conservaba en su interior numerosos cachivaches. Había sillas rotas, partes de camas sin armar, papeles desperdigados en el piso; había también un armario no muy alto. Berenice sabía que monsieur Caló guardaba en ese armario un viejo tocadiscos y una colección de elepés. Se puso a revisarlos a ver si encontraba alguno de un tenor. Eran discos de grupos y can-

tantes desconocidos (al menos para ella), principalmente franceses e italianos. El único que parecía interesante era el de una tal María Caniglia, cuya imponente foto en la carátula —un primer plano de sus grandes ojos claros entristecidos por el exceso de sombras en los párpados— le dejó una extraña impresión: era como si hubiera visto ese rostro en otra parte. La aguja estaba un poco sucia, pero el tocadiscos felizmente funcionaba. De pronto el disco empezó a sonar y la grisura de ese cuartito tenebroso se fue impregnando de una voz potente que la envolvía y le gustaba. Berenice se acostó sobre el piso para escuchar mejor hasta que se quedó dormida al arrullo de esa voz.

A la tarde del día siguiente le vino un no sé qué y sintió ganas de volverse a meter al *loge*. La voz de la cantante se le había quedado grabada en la cabeza y quería escucharla de nuevo. Puso el disco, se echó en el piso envuelta en una frazada (era extraño, ahora tampoco le importaba que el sitio estuviera sucio) y de tanto mirar la fotografía de la carátula se volvió a quedar dormida y tuvo un sueño raro. En el sueño ella era algo así como la asistente personal de la cantante, quien viajaba por todo el mundo y siempre tenía teatros llenos pero sufría constantemente de depresiones. «Hoy no ha venido nadie a verme», le decía esa noche, desconsolada. Ella le replicaba que no, que no era verdad, que antes de entrar al camerino había visto el teatro repleto de gente. «No me mientas», insistía. Y el rostro de la cantante se nublabá, una lágrima brillante se dibujaba en el borde demasiado oscurecido de uno de sus ojos. Entonces Berenice asomaba la cabeza por entre los telones de terciopelo azul y no se encontraba con un inmenso teatro bellamente iluminado, sino con el cinema Visión de Arequipa, de paredes grises y butacas inservibles, y la única persona que había

allí era su mamá, apenas consigo misma la pobre por no haber podido vender ni una sola entrada.

La mañana de un domingo de febrero al fin paró de nevar, pero en cambio el hielo del viento se mantuvo intacto, y no tardó en volver a caer la lluvia sucia y persistente de otros días. Llovía fortísimo, y los edificios y el cielo y las gentes de París eran todos una misma cosa oscura. Esa tarde, mientras se realizaba la limpieza del hotel, el tenor regresó de almorzar más temprano que de costumbre (por lo general, demoraba un par de horas) y encontró a Berenice barriendo su cuarto. Al verla, le dijo que no se preocupara y que continuara normalmente con su trabajo. El se puso a leer su libro de siempre sentado en una silla de la esquina, parece que muy concentrado en lo que hacía, aunque al poco rato interrumpió su lectura y le preguntó a Berenice cuánto tiempo llevaba viviendo en París. Ella le contestó que dos años. Dos años que ya se iban para tres. Ella no sabía muy bien por qué pero tenía ganas de conversar con alguien (en realidad necesitaba de alguien que la escuchara) y la actitud del tenor le daba confianza. Se sentó al borde de la cama, dejó a un lado el plumero y le contó su historia, que había llegado a París muy joven, a los diecisiete años, traída por un profesor francés para el que trabajaba de niñera allá en Lima. Le contó las muchas lágrimas que le había costado convencer a su mamá de que la dejara viajar, lágrimas que ella había tenido que ocultarle en sus esporádicas cartas, cuando el profesor repentinamente la dejó en la calle sin darle ninguna explicación. Le contó cómo había sufrido para buscar otro trabajo, para sobrevivir con gente que hablaba una lengua desconocida, en una ciudad desconocida. Aun-

que, no iba a negarlo, le encantaba París; y por eso se había quedado todo ese tiempo.

Él la escuchaba con muchísima atención, en silencio, como si él mismo reviviera lo que le iba contando. En algún momento (ella seguía hablando) Berenice lo sintió muy cerca, casi frente a frente, acariciándole el pelo con ternura. Vio que las manos del tenor temblaban; también notó por primera vez que este tenía los dedos largos y finos, y los ojos como brillosos, de un marrón muy claro, casi con esa misma intensa tristeza que había en los de la cantante. Ella no sabía qué hacer ni qué decir; sin saber por qué se dejó acariciar, se dejó besar. Algo adentro la retenía, pero su frágil cuerpo se abandonaba entre aquellos brazos. Era como olvidarse de pronto del frío, sentir un oleaje cálido que la arrastraba con los ojos cerrados.

Berenice se dio cuenta de que debió de haber pasado muchas horas en ese cuarto (era increíble cómo pudo haber perdido la noción del tiempo) porque cuando despertó amanecía por la ventana. El tenor ya no estaba. Tampoco estaban sus maletas, su ropa, su libro: nada. Lo único que quedaba allí era su propio cuerpo desnudo bajo el acolchado. Su cuerpo y una sensación como de mareo en la cabeza, y el rumor monótono de la lluvia que no había cesado de escucharse durante toda la noche.

Lánguidamente miró por la bruma de la ventana humedecida hacia la calle: nadie. Se vistió como pudo, tratando de vencer la turbación, tratando de volver cuanto antes a la rutina del hotel. A lo mejor Pablito ya estaría despierto, habría abierto la puerta de la entrada y andaría buscándola. Estaba a punto de bajar las escaleras cuando vio al señor García subiendo hacia su altillo. Tenía cara de no haber dormido o de no haber dormido bien, y la miraba a los ojos con inquietud.

—No hagas caso de todo lo que te he contado sobre el tenor, Berenice —le dijo muy serio—. Lo he pensado y creo que he estado exagerando un poco.

Podía ser verdad. Quién sabe. Ella de todas maneras no le dijo nada; veía las cosas en cámara lenta, se sentía flotando sobre el descanso de la escalera como si regresara de un sueño de varios días, o de una larguísima caminata en la que había perdido todas sus fuerzas. Se quedó en silencio, en el mismo silencio en que, para su fortuna, habría de quedar el tema del tenor durante el resto de ese invierno.

Eso no quería decir sin embargo que Berenice lo olvidara; algunas veces, incluso por estos días, mientras espera sin muchos ánimos la llegada de algún nuevo huésped en la sala de recibo, le parece escuchar una voz suave y melodiosa viniendo desde los altos: una voz que canta para ella, únicamente para ella.



## EL CAZADOR INVISIBLE

MI NOMBRE ES RELATIVAMENTE conocido en el medio académico. He publicado numerosos artículos de investigación en revistas especializadas, y algunos prólogos y notas introductorias, todos referidos a la Crítica Textual. Pero esta es la primera vez que dejo el frío lenguaje académico y me atrevo a escribir en primera persona. Pasadas las tormentas y el escándalo, creo que es necesario que ofrezca un descargo personal de una serie de hechos que dieron un vuelco inusitado a mi vida.

Como se sabe, la Crítica Textual es una rama de la Filología que tiene como fin presentar un texto libre de todos aquellos elementos extraños al autor, es decir, busca el mejor texto tratando de ser fiel a la «legítima voluntad del autor». Es un arte esencialmente laborioso y racional: laborioso porque requiere la paciencia suficiente para cazar errores y variantes en el cotejo de redacciones éditas e inéditas; racional porque supone inteligencia y criterio para adoptar y fijar modificaciones en la versión final. Es, además, una tarea que exige mucha, muchísima humildad.

En el verano del noventa yo trabajaba en una prestigiosa universidad limeña. La buena paga, la comodidad de un

amplio cubículo y la estupenda vista a un bosquecillo de abedules eran condiciones estimulantes para mi trabajo. Claro que subsistía el inconveniente de impartir clases a los estudiantes, inconveniente que yo sorteaba con la ayuda de un atildado y responsable asistente de docencia. Por esa época yo me había casado (sin convicción, es cierto) con un antiguo *flirt* de juventud y andaba metido en lo que era —y aún hoy es— un laberinto textual en el que todo, o casi todo, estaba por hacer: la edición rigurosa de la obra de Martín Adán, en especial de *Travesía de extramares*, cuyo problema de edición me parecía más claro que los demás, aunque no menos complejo. Revisando los manuscritos de Adán (cartas, apuntes y documentos personales que habían sido donados a la universidad por Mejía Baca, albacea y amigo personal del poeta) advertí que este mencionaba, en una nota dirigida a su amigo librero, la «obra principesca» de un tal SD (prefiero usar solo las siglas), nombre que figuraba en un oscuro soneto adaniano de 1935. El hallazgo me inquietó y decidí hurgar en la colección de Mejía Baca, a cargo de la Biblioteca Nacional desde la fecha de su muerte. En un lapso de seis semanas examiné sin éxito sus casi cinco mil ejemplares todavía sin catalogar. Decepcionado, y solo para completar una revisión general, me puse a hojear una polvorienta ruma de originales inéditos que, en su calidad de editor, Mejía Baca no había llegado a publicar. Se trataba de una cincuentena de textos diversos —novelas, poemarios, ensayos— sin la más mínima calidad y que, desde luego, merecían el más completo olvido. Sin embargo, había tres versiones mecanografiadas sin fechar de un libro de poemas que acusaba una notable factura, y que, casualmente, ¡estaba firmado por SD!

El libro, titulado *Glosario*, era de clara estirpe vanguardista y contenía treinta y cinco poemas que, ordenados alfabéticamente según los títulos de estos, abordaban un tópico específico, a manera de un glosario: «Amor», «Búsqueda», «Camino», «Duda»... Experimentaban con las más temerarias audacias de la vanguardia, bajo la idea de un lenguaje autorreferencial que poetizaba la poesía misma; pero no se perdían en el malabarismo verbal y apuntaban invariablemente a los grandes temas de la existencia humana, bañándolos de una luz siempre nueva: la de la lucidez y el poder creador.

¿Quién era SD? ¿Por qué Mejía Baca no había publicado el libro? ¿Cuál era la versión que se pensaba dar a la imprenta? Entendí que había allí un interesante material de Crítica Textual, además de un estupendo libro, por lo que solicité a la directora de la Biblioteca Nacional que me dejara trabajar con los originales inéditos. Mientras realizaba la filiación de los textos (un nítido y facetado *stemma* de dos ramas), me di tiempo para rastrear a SD en periódicos y revistas de los años treinta: el aliento y ciertas marcas textuales me inducían a pensar que el libro era de esa época. No me equivoqué; después de cuatro meses de una intensa pesquisa policial por todas las hemerotecas de Lima, encontré una magra información en un semanario norteño: SD, nacido en 1891, era un joven escritor piurano que había viajado a París. Eso era todo. No se decía nada más.

Una vez terminadas la colación y fijación del texto, convencí a las autoridades de mi universidad de que lo publicarían, en virtud de sus incuestionables méritos literarios. El libro, que apareció en una pulcra edición de corto tiraje, y con un estudio introductorio mío, suscitó el respaldo consensual de la crítica, y muchos vieron en su hasta entonces

desconocido autor a un auténtico precursor de la sensibilidad moderna en la poesía peruana.

La publicación del libro coincidió con los ajetreos de mi cambio domiciliario. Silvina (mi mujer) y yo vivíamos en un estrecho departamento miraflorentino y por la incomodidad nos mudamos a la casa de la madre de ella, que vivía sola, en Barranco. A iniciativa mía habíamos mandado acondicionar, en el tercer piso, un estudio encantador, espacioso y bien ventilado, de techos altos y largos ventanales, con muebles mullidos y las paredes totalmente empotradas de anaqueles para los libros. Disponía además de una ubicación privilegiada, pues si no había neblina podía verse la torre del faro y el horizonte del mar. Debo aclarar que la relación con mi mujer se daba en buenos términos, aunque no estaba fundada en el afecto sino en un pacto cordial y útil. Silvina tiene la cara bonita, los ojos grandes y como melancólicamente anochecidos; es una persona cariñosa, amable hasta la sumisión, pero algo descentrada, de mente volátil, cuyos frívolos coqueteos con el mundillo del arte y la cultura andaban siempre de la mano con sus devaneos existenciales y cierta imprevisible neurosis. Yo le daba el orden, la racionalidad que le faltaba a su vida. Ella a cambio me ofrecía una nada despreciable tranquilidad económica y el contacto sexual que todo animal sano de este mundo debe tener.

Sabemos que la cultura tiende a eliminar fronteras, a reconocer al hombre en su universalidad, pero no sucede así cuando están en juego el chauvinismo y las desmedidas pasiones regionales. Entusiasmada con mi hallazgo, una universidad privada de Piura me envió una carta en la que me felicitaba por mi labor editorial y me proponía costear los gastos de una minuciosa investigación biográfica —llevada a cabo por mí, por supuesto— sobre «nuestro injus-

tamente olvidado bardo piurano». No creo en las lecturas biografistas (lo he afirmado por escrito varias veces, y los que me conocen lo saben), pero admito que el ofrecimiento me interesaba. Esperé a que terminara el ciclo académico y emprendí un corto viaje a la ciudad norteña. El resultado fue decepcionante: los registros de nacimiento de esos años se habían perdido en un incendio, y no existía un solo lugar donde se guardaran publicaciones de la época. Como último recurso me entrevisté con un grupo de familias que vivían en el barrio de Santo Domingo y que llevaban el mismo apellido D: todas tenían algún familiar que escribía poesía, aunque ninguna recordaba con precisión alguno de ese nombre. Estaba por abandonar el lugar cuando se acercó una anciana, desdentada y de cabellera cenicienta, que me alcanzó una bolsa con un mamotreto de amarillentos papeles. Me explicó que su hermano, ya muerto, había guardado el paquete por años, y que le había encargado entregárselo a quien preguntara por SD. No sabía quién era este ni cuál era el contenido. Lo revisé fascinado camino al hotel. Se trataba de una novela, *Viaje a Alexia*, y estaba mecanoscrita, con innumerables tachaduras, inserciones y cambios vacilantes a mano (probablemente de distintas épocas) en los márgenes de sus más de cuatrocientas páginas.

Como anunciaba el título, *Viaje a Alexia* era un recorrido por Alexia, ciudad imaginaria enclavada en algún confín de Latinoamérica, a través de la mirada acuciosa de un narrador desconocido, que a partir de conjeturas y suposiciones intenta engarzar un cúmulo de imágenes inconexas, de historias de amor proliferantes que se esquivan, se entrecruzan y se superponen en una red multiforme de signos y símbolos. Esos nexos van entretejiendo una teo-

ría (a mi entender) acertadísima: el enamoramiento es una superstición, un canto de sirena creado por Occidente para sublimar nuestra animalidad. El narrador, en una interpretación muy personal del mito griego, imagina a Narciso contemplando su reflejo en el agua, silencioso, demasiado consciente de que no existe la mujer alada, de que no hay amor más allá de la propia proyección de su deseo. Las maravillas que vemos o creemos ver en el otro son, en realidad, el espejo de nuestros sueños. Conocemos a alguien y progresivamente nuestra imaginación reelabora su imagen como si fuera un lienzo en blanco. Terminamos enamorándonos de nosotros mismos, de nuestras fantasías. Narciso lo sabe y un día decide suicidarse arrojándose a la fuente. Claro está que muy pocos ahora, medita el narrador, tenemos plena conciencia de esta pequeña tragedia. Con el tiempo pueden suceder dos cosas: o nos damos cuenta del engaño y nos alejamos sin más, o uno de los dos acaba pareciéndose a la imagen soñada por el otro, a fuerza de amoldamientos y transformaciones; entonces el supuesto vértigo inicial del amor se convierte en rutina, eso que tan fácilmente confundimos con la felicidad.

Sin duda, SD era un adelantado para su época, pues la novela (fecha en junio del 35, probablemente cuatro o cinco años después de las varias redacciones de *Glosario*) inauguraba el tópico de la ciudad ficticia y hacía un uso experimental de numerosos recursos técnicos que habrían de desarrollarse posteriormente, como el monólogo interior, las mudas de tiempo y espacio, y los múltiples puntos de vista. Sus páginas —tensas, reflexivas, envolventes— mantenían la misma preocupación formal por la renovación del lenguaje, pero se encaminaban esta vez hacia una construc-

ción totalizante. Al final quedaba claro algo que ya se podía entrever en el conjunto de poemas: SD era un *autor*, un creador con una sensibilidad, una visión de mundo y unas obsesiones muy personales.

Naturalmente, este libro entrañaba un problema editorial mucho más complejo que el anterior: era una versión preliminar sujeta a sucesivas modificaciones, algunas de retoque y otras de profunda transformación. Durante un par de meses me dediqué a una labor de análisis, inventariando cuidadosamente cada una de las variantes, para luego sopesar las mejores de acuerdo con las recurrencias léxicas, sintácticas y estilísticas deducidas de la propia obra. Ni bien llegaba de la universidad me sentaba a la computadora a elaborar los largos listados y no pocas veces me pasaba la noche en blanco, sorprendido por el olor profundo de la brisa marina y la incierta luz del amanecer que irrumpía por los ventanales dándome a la cara. Por suerte Silvina sabía de los riesgos del estrés y se aparecía oportunamente en el estudio, el largo cabello suelto, el cuerpo invitante y desnudo. Ella podía vivir en un mundo de sombras e incertidumbres, pero —hay que reconocerlo— obraba por intuición y en materia sexual era segura y desinhibida.

Concluí una recensión inicial de los primeros capítulos de la novela e hice llegar una copia tiposcrita —acompañada de un esbozo general de la obra y sus problemas de edición— a algunos profesores amigos y a las autoridades de la universidad de Piura. Fue una decisión acertada: los primeros, aun los más reticentes y mezquinos, me enviaron un comentario entre elogioso e intrigado por la magnitud de mi descubrimiento; las segundas, complacidas, me ofrecieron solventar el paso natural que el estado de mis investigaciones exigía: viajar a París a buscar mayor información y,

eventualmente, nuevos textos. Yo no conocía París, pero hablaba algo de francés y visitar esa ciudad europea era una deuda pendiente. Además, quizás allá, por intermedio de alguien que lo hubiera tratado, o al menos oído hablar de él, podría resolver algunas preguntas que me inquietaban: ¿Aca-so SD se sabía, de antemano, un autor póstumo? ¿Cuáles eran sus lecturas? ¿Quiénes habían contribuido a su formación literaria? A fin de no dejar estancados mis trabajos sobre la obra de Adán, los puse en manos de Pedro, mi asistente de docencia. Pedro era un muchacho callado, meticulado, hiperordenado, capaz de encontrar la aguja en el pajar (no por nada me había ayudado a demoler unas cuantas ediciones «críticas» de la colección *Archivos* de la UNESCO), aun cuando todavía no poseía la claridad de juicio y la visión de conjunto que reclamaban la Crítica Textual. Era un buen chico y había que aprovecharlo. Lo comprometí a ir en sus horas libres a mi estudio para que trabajara tranquilo; a Silvina ni la molestaría, deseosa como estaba de emprender, durante mi viaje, un largo retiro con un círculo de amigas aficionadas al budismo y a la filosofía oriental.

Me instalé en un hotelito más o menos decente del Pasaje Sommeil, en el Barrio Latino, zona que seguro habría de haber frecuentado SD, como tantos otros intelectuales y artistas latinoamericanos que, desde los años veinte hasta los setenta, llegaban en tropel a París a probar fortuna y, de paso, a alimentar la aureola mítica de la ciudad. En la semana en que me dediqué a revisar los ficheros de las elegantes y bien documentadas bibliotecas de París, comprobé una triste realidad: la ciudad guardaba el recuerdo de los artistas consagrados, atesorando libros, revistas y proclamas en ediciones originales, pero no de aquellos que no alcanzaron la

fama y que, presumiblemente, fueron expulsados o pasaron a engrosar las filas de los parias y los *clochards*. Tuve que recurrir a otros métodos y fue así como conocí a Salvador, un pintor cubano de unos sesenta años, dispéptico y alcohólico, que era como la memoria oral del Barrio Latino y que se había abandonado allí, entre los basurales de La Sorbona, a esperar la muerte. Durante tres noches insoportables le pagué varias botellas de vino grueso en una fonda sucia y maloliente, y escuché pacientemente sus historias de pintores travestidos, de escritores cornudos, de disputas entre poetas por una mujer de belleza indecible, de cadáveres exquisitos a la orilla del Sena, datos arrojados con un tufillo picante a cebolla y en los que vaga, inverosímilmente asomaba la figura de SD. Para colmo de males, en medio de tanta chismografía barata, la dueña del local no dejaba de poner una y otra vez el mismo casete con los «éxitos inolvidables» de Edith Piaf, esa loca melancólica y morfinómana que, si mal no recuerdo, se había inmolado en las zarzas ardientes de los varios matrimonios sucesivos.

Pero Salvador no solo me contó lo que de oídas o por experiencia propia conocía, sino que me mostró los lugares ocultos y proscritos de París, aquellos que ninguna guía de turismo menciona como puntos de parada. Una noche particularmente aburrida, en que él se cansó de hablar y yo de escucharlo y de mirarle la cara, me llevó a visitar la casa de unos argelinos, en uno de los más miserables suburbios de la ciudad. Había una especie de fiesta en la que hombres y mujeres de toda edad danzaban al ritmo de tambores y címbalos frenéticos y corría de mano en mano un licor fuerte pero de sabor agradable. No sé cómo pero terminé envuelto en esa creciente marea embriagada, de la que salí en brazos de una muchacha de cuerpo maravilloso con la que ha-

bría de pasar un par de horas de posturas increíbles y *petits morts* inadjetivables. Confieso que hasta entonces nunca había experimentado las ventajas del anonimato, ni mucho menos los desenfrenos de mi personalidad, por lo común metódica y sedentaria.

A la tarde del día siguiente Salvador casi me arrancó de la cama. Creía haber encontrado un lugar donde podían ayudarme. Fuimos al «Aux Deux Magots», una librería de viejo que había editado *plaquettes* y publicaciones artesanales durante varias décadas y que conservaba en su depósito algunos libros y revistas antiguas, además de manuscritos y mecanoscritos de escritores latinoamericanos sin cartel. «Pueden llevarse lo que quieran», nos dijo en un cristalino francés la dependienta, algo desconcertada por el excesivo interés que yo mostraba. «Es pura basura». Así que Salvador y yo nos vimos cargando hacia mi hotel un abracadabrante montículo de papeles apolillados y enmugados. Toda la noche me la pasé examinando con cada vez menos interés esa inmensa papelería destinada al fuego. Pero al despuntar el alba fría sucedió el milagro: aparecieron no uno ni dos, sino hasta una docena de ensayos firmados por SD, unos cuantos publicados y el resto en originales inéditos o estados preparatorios. Más aun: había una obra de teatro, mecanografiada en unas doscientas páginas, de las cuales por lo menos diecisiete estaban borroneadas por la humedad y los años.

Fechados entre los años 36 y 41, los ensayos —en su mayoría sobre literatura— ahondaban las ideas de SD sobre la creación y su particular visión de la existencia, como una búsqueda incesante de un orden artificial pero seguro a través del arte. A diferencia de las otras obras, pobladas de neologismos y abiertas transgresiones gramaticales, en estas pá-

tas páginas había un *tour de force* del lenguaje, pues abundaba el uso de palabras arcaizantes y cultas, como el helenismo *filautia* (egocentrismo), que, según mis papeletizaciones, figuraba una sola vez en *Glosario* y tres en *Viaje a Alexia*.

Pero lo que más me interesaba era su pieza teatral, *La vigilia*, que tenía algo de novela de detectives pero también de pesadilla kafkiana. El epígrafe pertenecía a Goya: «Los sueños de la razón engendran monstruos». En la trama un hombre maduro pierde a su único hijo en manos de un psicópata, cuya identidad no llega nunca a conocer. Para olvidar esa tragedia dedica su inteligencia a la práctica del ajedrez. Ha llegado un nuevo vecino al barrio y distrae los fines de semana con él en una y otra partida, bajo la trémula luz de un fluorescente desvaído. Entre sueños el hombre presagia que el vecino es el victimario de su hijo, y que ahora amenaza con matar a su mujer, tan pronto gane su primera partida. Entonces el hombre empieza a atar cabos, a relacionar pequeñas y veladas señales y urde un denso entramado de conjeturas y suspicacias, de jugadas mil veces pensadas. Las luces de la sala se apagan. Se oye un disparo, el grito de un hombre. El drama no ha sucedido: estamos ante los desvaríos de un loco.

Con esos valiosos textos tenía suficiente material para investigar, y no pocos problemas editoriales por resolver. Volé a Lima en el primer avión de la mañana, en un amanecer plomizo. Cuando llegué a casa, era medianoche y la puerta del estudio estaba entreabierta. Un leve, rápido susurrar de voces quebraba el silencio. Casi no podía creer lo que veía. Silvina estaba acaballada sobre Pedro, los claros cuerpos ondulantes contra la negra silla de la computadora. Me bastó un segundo para verles las caras y darme cuenta de que había en sus gestos —cómo decirlo sin ruborizarme—

amor, esa patraña inventada por un lirismo amanerado y explotada al máximo por la música popular y los culebrones hollywoodenses. Lo que me indignaba no era la traición, ni siquiera haberlos descubierto *in flagranti*, sino que estuvieran haciéndolo *precisamente* en mi estudio, frente a mi computadora y rodeados de *mis* libros, convirtiendo a estos en la patética escenografía de su escenita de amor. Cuando Silvina se recuperó del shock y corrió a darme alcance, azorada y grotescamente semivestida, yo ya había encendido el auto con rumbo a un hotel.

Siempre he visto los momentos desagradables de la vida como secuencias de una mala película, omitibles con tan solo cambiar de ambiente y respirar nuevos aires. Al día siguiente fui temprano a la universidad y, sin previo aviso, dicté una erudita clase sobre los problemas de transmisión textual en el siglo XVI. De ahora en adelante, expliqué a los sorprendidos alumnos, las cosas volverían a su cauce normal. Como al mediodía me entrevisté con el decano de la Facultad de Humanidades y le solicité, alegando un altercado familiar, permiso por unos días para quedarme a trabajar «hasta muy tarde» en mi cubículo. El decano era un gran tipo y aceptó de buen humor, no sin antes palmearme el hombro por mi dedicación y mi «extraordinaria capacidad de trabajo». En el cubículo lo primero que hice fue enviarle un correo electrónico a Silvina, en el que, con un lenguaje expeditivo, casi notarial (no había un solo adjetivo demás ni ninguna alusión a lo de la noche anterior), le pedía que me hiciera llegar mi computadora lo antes posible, cosa que hizo a la mañana siguiente por intermedio de una agencia de envíos. Instalada la máquina, me concentré en registrar los nuevos papeles de SD en mi base de datos. A los pocos días recibí un correo sorprendente: esta vez la Municipali-

dad de Piura ponderaba mis «trabajos de arqueología literaria» y, con motivo del centenario del nacimiento de SD, me pedía confeccionar una edición cuidadosa de sus obras, al menos de las que ya se encontraban avanzadas. Me invitaba también a la pronta inauguración del «pequeño pero imponente monumento escultórico en memoria del vate piurano». Quedaba claro —se podía entender entre líneas— que ambos proyectos eran arteros recursos demagógicos del alcalde, atento a una posible reelección en los próximos comicios electorales. Lo del monumento lo tomé como una mera curiosidad regionalista, pero lo de la publicación no me sonaba tan descabellado. Contesté de inmediato al alcalde diciéndole que aceptaba su ofrecimiento, siempre y cuando me diera el máximo plazo posible, que debía de ser de seis o siete meses, y tras una respuesta positiva empecé a trabajar en la edición a tiempo completo.

Las cosas marchaban de maravillas (no tenía interferencias del mundo exterior, además había alquilado un pequeño departamento cerca de la universidad, y hecho llevar allá todos mis libros), hasta que un día recibí un misterioso correo electrónico con dirección equívoca. Decía: «Analiza esto: “¿Quiénes inventaron Tlön?... Se conjetura que este *brave new world* es obra de una sociedad secreta de astrónomos, de biólogos, de ingenieros, de metafísicos, de químicos, de algebristas, de moralistas, de pintores, de geómetras... dirigidos por un oscuro hombre de genio”». ¿Quién me había enviado ese mensaje? ¿Qué quería decirme con esa cita extraída de un cuento de Borges? No le tomé mucha importancia, pero a los dos días recibí otro mensaje similar: «¿Has leído «La muerte y la brújula»?». La pregunta se repetía obsesivamente unas trescientas veces, con diferentes tipos, colores y tamaños de letra. Por desgracia la dirección no era

la misma (posiblemente habían sido creadas para cada caso) y el fraseo era tan breve que no podía rastrear al autor a través de la sintaxis. ¿Se trataba de Silvina? ¿De Pedro? ¿De ambos? Quizás querían plantearme un acertijo, o tenderme una trampa. Me los imaginaba juntos, en las pausas de ese amor inconcebible, digitando los mensajes, tramando cómo molestarme, movidos por la indiferencia con que yo los había tratado y la facilidad con que los había sacado de mi vida. Después de todo me conocían, y sabían hasta qué punto podían perturbarme los enigmas. Traté de continuar normalmente con mi trabajo, sin pensar mucho en los mensajes, pero en los momentos de descanso releía repetidas veces esos magníficos cuentos de Borges («Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» y «La muerte y la brújula») y algunas noches me despertaba asaltado por una horrible duda: ¿Y si Pedro sabía algo más sobre SD? Tranquilamente ese miserable ratón de biblioteca podía haber tenido acceso a una información que yo desconocía, y ahora me lo hacía saber a través de esos absurdos mensajes cifrados. De todas formas continué con mi trabajo y pude concluir en el plazo previsto la introducción de algunas enmiendas de detalle a *Glosario* y la fijación de *Viaje a Alexia* y los ensayos, a los que agrupé bajo el título abierto de *Escritos sobre arte y literatura*.

Viajé a Piura llevando los originales de los libros listos para su publicación. Había terminado de corregir las últimas pruebas de imprenta cuando revisé mi correo electrónico y me encontré con este tercer y definitivo mensaje: «Piensa en esto: “Si un hombre es todos los hombres, no nos es imposible imaginar que a uno solo se le pueda atribuir la obra de otros”». Tardé unos minutos en reconocer que esa frase —de cuño panteísta— también pertenecía a Borges, pero luego me estremeció un fogonazo de ilumina-

ción. ¡Todo estaba claro! Aunque me negara a creerlo, aunque me pareciera una pesadilla, ¡allí estaba la pieza que completaba ese rompecabezas siniestro! *Un oscuro hombre de genio*, probablemente el propio Borges, había podido *fraguar* a SD, atribuyéndole una obra que no era suya, convenciendo a un grupo de escritores amigos —poetas, narradores, dramaturgos, ensayistas— para que firmara varios textos con ese nombre inventado o, en todo caso, perteneciente a un anónimo escritor de provincia. Todas las piezas encajaban en esa terrible conjetura: el pueblo remoto, la dificultad para conseguir los datos biográficos, la presencia más que evidente de ciertas marcas estilísticas y símbolos y palabras recurrentes que hacían posible vincular los escritos. Alguien había dejado una serie de pistas para descubrir un autor inexistente, y el premiado había sido yo, justamente yo. Quizá el infeliz de Pedro o cualquier otro esperaba el momento preciso para revelar la mistificación y señalar ante la comunidad académica quién era la presa de esa sórdida *boutade* borgeana. Sin embargo, esa persona olvidaba que yo todavía tenía la claridad de juicio suficiente como para evitar que se arruinara mi prestigio intelectual.

La noche del sábado la Municipalidad de Piura llevaba a cabo la develación del monumento y la presentación en público de las obras de SD. Yo expondría en esa ocasión, con pruebas y pasos detallados, cómo cualquier investigador serio pudo caer en el engaño, y propondría tomar el caso de SD como un ejemplo palpable de los excesos en que incurren los juegos literarios al pretender borrar los límites entre realidad y ficción, entre autor real y autor imaginario. De esa manera me adelantaría a quien quisiese dejarme en ridículo, y quedaría yo como un modelo de probidad y perspicacia intelectuales. Me presenté a la sala de convenciones

como a las ocho y media de la noche, pocos minutos después de inaugurado el monumento de SD, una escultura de piedra rosa sin forma definida ubicada a unas cuadras del municipio. El amplio local había sido arreglado con buen gusto, y estaba hirviendo de gente elegantemente vestida. Saludé a las autoridades universitarias y del Concejo y, entre la expectante multitud que se arracimaba en pequeños grupos, alcancé a ver a Pedro y a Silvina sonrientes, tomados de la mano. Cuando se dio inicio a la ceremonia y el alcalde empezó a leer su discurso colorido y monocorde, decidí salir un segundo a tomar un poco de aire a la terraza. Era una noche estupenda. El cielo estaba estrellado y el aire corría puro y transparente, sin esa molesta arena fina que casi siempre cubre a la ciudad. De pronto me entraron ganas de caminar. Una voz amable me llamaba desde el fondo de la sala, pero yo sentía unas ganas irrefrenables de caminar. Me olvidé de la voz y caminé dos o tres cuadras hasta llegar casi corriendo a la estatua resplandeciente de SD, es decir, hasta encontrarme con ese alguien que, como yo, simplemente no existía.

*Para Alexis Iparraguirre*

## CARTA DE MAMÁ

PEQUEÑO, DULCE ANDREÍN:

¿QUÉ ESTARÁS HACIENDO? ¿Ya habrá bajado del *métro* la señora gorda que siempre viaja llena de paquetes, o la chica bonita que carga entre los brazos ese pequinés con el que algún día te gustaría corretear? Yo estoy aquí en un parque, Phillipe todavía no llega. Fíjate, me he puesto a escribirte y ya te estoy imaginando, pequeñín, con tu carita de ratón curioso y tus bucles despeinados, leyendo esta carta sentado como siempre en una de las bancas del andén, al costado del bolsón rojo que yo he dejado a propósito para que la gente crea que ando por ahí y no te encuentras solito. Seguro has debido quedarte largo rato contando la gente que sube y baja del *métro*, reconociendo a las personas que te son familiares y que siempre tienen el mismo horario, o mirando el techo de cerámica de la estación, todo porque un día se te ocurrió decirme que en el cuartito del hotel hacía demasiado frío y que preferías esperarme en la estación de Saint-Michel donde circula un aire caliente como en todas las estaciones del subte. ¿Y qué fue del olor a ropa

guardada y a queso gorgonzola que al principio te molestaba? No creas que no sé que en realidad elegiste eso porque a ti te gustan los trenes, te encanta estar allí, angelito, te encanta estar escuchando el ruido que hacen los trenes contra el aire, contemplando los vagones que se mueven como edificios rodantes con todas las ventanas iluminadas. Aunque, claro, estos son trenes muy modernos, no son los trenes viejos que hay en el museo de Cluny, esos trenes viejos pero hermosos a los que hemos ido a ver no sé cuántas veces, esos trenes que hay por montones en el Perú, mi amor, el país lejano del que te he hablado tanto y en el que nació la boba de tu mamá (ya sé que no te gusta que hable así, pero qué puedo hacer si es la verdad). Algún día tú viajarás allá, me imagino, pero no irás a Lima que es sucia y fea sino a la Sierra donde todavía funcionan los trenes viejos, entre cerros y casitas de colores y bajo un cielo bellísimo.

Estoy segura de que te vas a esperar un montón pero un montón de tiempo para abrir esta carta que guardarás en tu mochila, y es que en eso te pareces tanto a tu mamá, pequeñín, te puedes estar muriendo de curiosidad, se te puede estar cayendo el mundo entero encima, pero tú siempre cumples lo que prometes. Y no es porque yo te lo haya enseñado, mi amor, no, yo solo puedo enseñarte muy pocas cosas buenas, es porque tú naciste así, siempre fuiste así, desde muy chiquito. Me acuerdo de esa lluviosa noche de Navidad en que te morías por ver el regalo que yo te había comprado y me rogabas que te dijera por lo menos qué cosa era, pero yo te decía que no, que todavía no, que tenías que esperar a que fueran las doce, y tú no te molestabas ni hacías rabieta sino que cumplías tu promesa de esperar y te quedabas echadito en el sofá-cama, mirando pasar las horas en el reloj de nuestro cuartito oscuro, hasta que te

venía el sueño, Andreín, y a mí me daba un no sé qué en el corazón despertarte y me acostaba contigo abrazándote fuerte, porque no había nadie más a quien abrazar cuando dieran las doce y además eras el único en el mundo con quien de veras quería hacerlo, y no sé cuántas horas después eras tú el que me despertabas con un beso en la punta de la nariz y me pedías permiso para abrir tu regalo y descubrir con alegría ese trencito de madera que te había encantado desde que lo viste en una vitrina de las galerías Lafayette y con el que hasta ahora juegas.

Perdóname que me esté poniendo nostálgica y que me haya desviado un poquito de lo que quería explicarte, Andreín; creo que es hora de que te diga algunas cosas importantes. Siempre fuiste inteligente, muy sabido, nunca me creíste eso de que los niños se pedían por encargo y eran llevados por cigüeñas a todo el mundo desde París, porque bastó con que en la semana siguiente revisaras tu álbum de animales y te quedaras todo el día observando el cielo de París para darte cuenta de que por ahí no pasaba ninguna cigüeña y menos aun con un bebé en pañales sujeto a su pico inmenso. Y tampoco te creíste eso de que mi amigo Phillipe era tu tío, apenas lo viste me dijiste que ese muchacho era malo pues a pesar de que te cargaba y jugaba contigo no te miraba a los ojos y no se quitaba los lentes oscuros para que la gente no se diera cuenta de que fingía. Cada día que pasa, especialmente cuando hablamos del futuro y me desanima, o cuando me mete ideas medio raras en la cabeza, creo que tienes razón, pequeñín, pero yo lo quiero (no es esta la palabra exacta pero no sé cómo decirlo) y debes entender que él es la única persona que me ha dado trabajo y además me cuida. Claro que no es un trabajo muy bonito como te he dicho; a veces no tengo ganas de salir a la calle,

no todos los días una tiene ganas de pintarse todo el cuerpo de blanco y quedarse estática durante horas en una sola posición, abrazando o acariciando a Phillippe, por más bella que sea la música que nos acompañe, por más actriz que me sienta vestida de Eloísa o de Julieta o de cualquiera de esas grandes amantes de la historia; y es que en París las cosas han sido siempre así: estás en la ciudad más hermosa del mundo, hay como unas ganas de hacer arte en el aire, por sus teatros y museos han pasado y pasan artistas reconocidos, pero también personas que como yo no han tenido ni van a tener una gran oportunidad. Aquí a nadie le interesa si viniste con millones de ilusiones, o si tus sueños se están yendo al agua, o si te sientes triste o vacía con lo que haces; es para no sentirme así que tomo los remedios que me da Phillippe y que a ti no te gustan porque dices que me ponen un poco rara, y ahí también tienes razón, Andreín, hay momentos en que me vuelvo como idiota, puedo hacer tonterías de las que después me arrepiento o me olvido, y a lo mejor por eso te escribo esta carta, porque tengo miedo y necesito contárselo a alguien.

¿Desde cuándo lo hago, Andreín? Yo tomo esos remedios desde hace un montón de tiempo, desde que tu papá se fue lejos. No sabría decirte adónde ni por qué lo hizo, cariño; algún día, cuando seas grande, lo averiguarás y quizás hasta logres comprenderlo, yo no pude comprenderlo en su momento, por eso me puse mal ese día y me tomé todos los remedios que pude. Estuve deambulando medio dormida durante toda la noche hasta que amanecí cansadísima en un lugar extraño; no sé si fue porque lo soñé o lo leí en un libro, mi amor, o porque lo quería inconscientemente, pero lo cierto es que estaba sentada en lo alto de una iglesia, con mis botines gastados de charol suspendidos en el aire y mi

pelo humedecido por una leve llovizna de amanecer. Me dolían los pies y la cabeza me daba vueltas, tratando de ordenar mis pensamientos me puse a mirar el cielo oscuro allá en lo alto, los campanarios antiguos cuyas puntas proyectaban sobre el piso una sombra tenue. Era la iglesia de Saint Pierre de Montmartre, una iglesia verdaderamente hermosa, no sé si te acuerdas de ella, a mi costado había una escultura gris que tenía mi misma altura. ¿Qué hacía yo en ese lugar?, ¿qué hora era?, me preguntaba; de pronto recordé que tu papá, cuando nos citábamos en la calle del frente, me había dicho que me había visto allí, sobre esos arcos ojivales, y sí pues, allí estaba la loca de tu mamá, trepada en el techo de una iglesia, tristísima bajo la llovizna y creyéndose un ángel o sabe Dios qué. Tú estabas muy chiquito, ni siquiera sabías gatear y menos mal que la nueva vecina madame Lucienne te escuchó llorar, se metió a la pieza y se encargó de ti mientras yo no estaba. Madame Lucienne es un pan de Dios, tiene un corazón muy grande, Andreín, y te quiere mucho, por eso tú siempre tienes que hacerle caso.

¿Qué horas serán ya? ¿Habrás pasado el último tren? ¿Habrás visto perderse por los pasillos a los cantantes o a los señores sucios de gruesos abrigos que te saludan con la mano mientras caminan medio dormidos? Debe de ser más de medianoche y la estación debe de estar casi vacía. Ay, angelito, ha comenzado a llover y el agua está mojando mi carta; no, no vayas a pensar que estoy llorando, tu mamá es una llorona, una llorona sentimental, pero esta vez es la lluvia que está empapando la banca en la que me he sentado un ratito para escribirte, te juro. Escúchame bien, cariño, si pasa el policía vigilante no te vayas a esconder como la otra vez que te encerraste hasta el otro día en el baño esperando a que yo llegara, dile al señor policía que por favor te lleve al

hotel (Pasaje Sommeil 634) y dale esta carta a madame Lucienne, que ella sabrá qué hacer. No te olvides que te quiero muchísimo y que siempre te acompaño en el aire, en el viento, en todas las cosas, corazón.

## LA VERDADERA FLOR DE COLERIDGE

EL AVIÓN QUE ME LLEVABA a París hizo escala en Nueva York. En esas doce horas recorrí desganadamente el aeropuerto, hojeé unos libros en una pequeña librería, fui dos veces al baño, comí en una cafetería de nombre europeo y al final me senté a escuchar música en mi *walkman* en la sala de espera. (El *walkman*: una puerta al autismo pero también un decorado portátil para transformar emociones.) Como a la medianoche nos llamaron por los altoparlantes. Me acoplé en la fila de registro y luego en la de embarque sin prestar mucha atención a lo que pasaba a mi alrededor, como si todo eso fuera un borroso paréntesis a lo único que realmente me importaba: llegar a París.

Por suerte me dieron otra vez el asiento de la ventanilla. El de al lado estaba vacío. En el extremo se había acomodado un ancianito de boina escocesa y aspecto italiano que apenas me vio levantó la cabeza con aire somnoliento. Mientras daban las indicaciones para el despegue, coloqué en el *walkman* *La hija de la lágrima*.

Estábamos en pleno ascenso cuando, de pronto, y ante el asombro de las aeromozas, se apareció una chica que alborotadamente se disponía a ocupar el asiento vacío. No

le tomé importancia, pero al poco rato sentí que alguien me miraba. Volteé y vi que la chica, sonriente, me decía algo.

—¿Qué escuchas?— oí que me preguntaba en francés no bien bajé el volumen del *walkman*.

—Charly García— contesté algo desconcertado.

Hizo una mueca de extrañeza y repitió el nombre inquisitivamente, abriendo con gran curiosidad sus enormes ojos castaños bordeados de largas pestañas. Tenía una voz rarísima, vagamente ronca, y pronunciaba las palabras con una crepitación de hojas quebradas.

—Es argentino —traté de ubicarla—. Un loco maravilloso. Se puso un vestido de mujer para grabar algunas canciones de este disco.

Me pidió que por favor la dejara escuchar. Le pasé los audífonos. Mientras se los ponía pude observarla mejor e ir acostumbrándome a su presencia. Llevaba una chompa granate de lana, jeans azules y zapatos negros de charol. Tenía la nariz ligeramente larga y el brillante pelo negro lacio, con un corte típico de los sesenta: a la altura del cuello y con las suaves puntas curvas rozándoles las mejillas. Era menuda de contextura, pero algo me decía que no era una adolescente y que, sin embargo, procuraba aparentar menos edad.

—Me gusta mucho —sonrió al terminar la canción—. ¿Tú también eres argentino?

—No. Soy peruano.

—¡Le Pérou!, ¡Ce n'est pas le Pérou! —exclamó con esa conocida frase con que algunos franceses aún asocian al Perú con la idea de prosperidad—. ¿Has ido antes a París?

No quería extenderme en los avatares de mi pequeña hazaña personal, pero era una buena oportunidad para practicar mi francés. Le conté algo. Lo suficiente como para calmar su interés.

—No hay nada en el mundo como París ni como los parisinos —sonrió, revelándome con sutil coquetería su ciudad de procedencia—. ¿Dónde te vas a hospedar?

—No sé; en un hotel barato, supongo.

—Mi abuela tiene una hostería en las afueras; el lugar está lleno de ancianas, pero es cómodo y más barato que un hotel. ¿Por qué no te hospedas allí?

—Puede ser —le agradecí.

Después de eso se quedó un instante pensativa, como si hubiera hecho algo mal.

— Soy una desconsiderada —se autorrecreminó y luego me ofreció su pequeña mano de largos y delicados dedos—. Me llamo Claudine.

Cogí su mano diciéndole que yo también era un distraído y le di mi nombre.

A lo largo de las nueve horas que duró el vuelo me entretuve conversando con Claudine. Me habló con gran locuacidad de sí misma. Era, quién iba a imaginarlo, profesora de manualidades. Vivía sola y dictaba clases en una escuela primaria, aunque pasaba muchas horas ayudando en la hostería de su abuela, quien la había criado desde que sus padres fallecieron en un accidente aéreo. Había viajado unos días a Nueva York a tramitar una beca en un *college*.

—¿Y cómo has hecho para que dejen viajar sola a una menor de edad? —bromeé.

—Aunque no lo parezca, tengo veinticinco años —dijo haciendo un gesto serio de persona mayor.

Cuando por fin llegamos al aeropuerto Charles de Gaulle, Claudine tomó mis papeles y me ayudó a pasar por los largos y complicados trámites de desembarco. Yo la miraba hacer agradecido, con la emoción que no me cabía en el cuerpo por la alegría de estar pisando París.

—Ya está —suspiró después de casi dos horas—. Ahora solo falta que decidas dónde hospedarte.

La decisión era más que obvia: se me ofrecía un hospedaje barato y una compañía agradable. De manera que tomamos un taxi a la salida del aeropuerto. Era un día medianamente claro, con nubes plomizas en el cielo y una leve llovizna que acariciaba la cara con sus finas manecitas de agua.

En el camino a la hostería de su abuela, Claudine no paraba de hablar y me iba señalando las calles y los edificios mientras mis ojos maravillados los reconocían en un éxtasis silencioso.

—Apenas dejes tus cosas, salimos a recorrer París —me prometía Claudine, visiblemente emocionada con mi propia emoción.

La hostería quedaba en un sector apacible de la ciudad. Era un viejo caserón verdirrosa, de grises ventanas afantasmadas y acabados de otro tiempo, que ocupaba casi toda una esquina. Las escalinatas de mármol, el portón con aldabas y el vestíbulo de oscuras maderas contraplacadas eran verdaderas delicias de museo. Cuando llegamos a la sala nos topamos con un espectáculo enternecedor: seis o siete ancianas primorosamente arropadas con chompas y gorritos de lana miraban la televisión o leían el periódico. Algunas nos saludaron con gesto familiar. «Todas son mis tías abuelas», me explicó Claudine divertida. «Son adorables, ¿no?». «Además», agregó con picardía, «varias están solteras». Le pedí que me indicara dónde estaba el baño. Cuando volví, la vi conversando con una señora mayor de ojos brumosos y aspecto grueso, aunque muy bien conservada y de menos

edad que las inquilinas. Alcancé a oír que le recriminaba a Claudine que hubiera traído a un desconocido. Al verme se quedaron calladas, aunque eso no le impidió a la señora echarme una larga mirada de evaluación que me hizo sentir incómodo. «Este es el chico peruano del que te hablaba, abuela», me presentó Claudine. Levanté la mano y palpé una flácida carnosidad, como una osatura blandengue recubierta de piel transparente y pecosa. La abuela esbozó una sonrisa diplomática. «No hay habitaciones disponibles por ahora», se excusó. «Lo único que puedo ofrecerle es la buhardilla». Yo no tenía ningún inconveniente, siempre había soñado con una buhardilla parisina, pero solicité que me la mostrara por si acaso. Claudine y yo subimos las escaleras de tablones crujiendo siguiendo a la abuela, quien de paso me iba informando de algunas normas internas de la hostería. «No te vayas a asustar», me susurraba al oído Claudine colgándose de mi brazo. «Parece seria pero en unos días la vas a adorar, ya vas a ver». La buhardilla era un acogedor cuartito techero adonde se llegaba también por una escalera en espiral independiente de la casa. Tenía una cama de plaza y media, un armario pequeño y un escritorio de madera con su silla. El amplio ventanal contaba, además, con una vista panorámica de la ciudad. «¡Es perfecto!», exclamé encantado. La abuela, a quien desde ese momento empecé a llamar madame Leonor, como lo hacían todos en la hostería, me entregó la llave, me deseó con una frase hecha una agradable estadía y me dijo que arreglaríamos lo del pago a la mañana siguiente, cuando ya me hubiese instalado.

Al atardecer, después de desempacar mis maletas y darme un baño rápido, Claudine fue a buscarme a mi cuartito para salir a recorrer la ciudad. Tenía el cabello amarrado en una cola de caballo, y vestía zapatillas deportivas, pantalón de buzo

blanco y un polo verde ceñido al cuerpo que resaltaba sus pechos breves pero estupendamente formados. Yo estaba un poco cansado, pero me moría de ganas de dar mi primera vuelta por París. Bajamos y Claudine me hizo entrar a una despensa polvosa donde, entre otros cachivaches, había alineadas unas viejas bicicletas de aros grandes. «Escoge una», dijo Claudine. «No creo que sea una buena idea», me opuse asustado. «Hace siglos que no manejo». «Total, ¿en qué quedamos?», me preguntó con mirada retadora. «¿No decías que no querías ser un turista de agencia?». Desarmado, empujé una bicicleta hasta la entrada de la casa. Un sol tenue doraba las calles, y el cielo sin nubes era de un azul intenso. Ese no era el clima que yo había ambicionado durante tanto tiempo, pero me sentía bien así. Claudine se montó en una bicicleta roja con canasta delantera y echó a andar sin avisarme. Yo me trepé a la mía como pude, tocando a cada rato la pista con los pies, temeroso de perder el equilibrio. Claudine desapareció de mi vista, pero a los pocos segundos surgió por detrás, arengándome entre risas a seguirla. Demoré un poco en coger el ritmo adecuado hasta que empecé a soltarme. Casi me deslizaba por el enredijo de calles empinadas, aceptando el viento fresco contra la cara, dejándome llevar por el flujo blando de los pedales. De pronto estuve tan seguro que decidí ponerme los audifonos del *walkman* en plena marcha: sonaba *En la ruta del tentempié*. Entonces fue el éxtasis y la pendiente, el aire fragoroso que traspasaba el cuerpo humedecido, el sol en lo alto, la maravillosa música de Charly, las arboledas extendiéndose en setos bajos, la preciosa, impagable gestualidad sin voz de una Claudine que me indicaba emocionadísima un resplandor dorado sobre una caída de agua o sobre las hondonadas en tinieblas de los torreones medievales que se alzaban en la espesura del bosque silencioso.

Avanzamos hasta el fondo de un sendero cubierto de hojas secas, al lado de un estanque sin flores. Claudine se bajó de la bicicleta y corrió hasta unos árboles enormes rebosantes de luz. Luego se detuvo y empezó a girar con los brazos extendidos.

—¿Sientes? —me preguntó cerrando los ojos.

—¿Qué cosa?

—¿No sientes algo distinto en el aire?

—¿Algo como qué?

—Como una energía.

—No entiendo de qué me hablas, Claudine.

Dejó de girar y se sentó sobre la alfombra de hojas rígidas, en posición de flor de loto. Me contó con un tono medio misterioso la historia del castillo cuyo imafrente gris tapaban las copas altísimas de los árboles: una pareja de jóvenes reyes felices, una revuelta en palacio, la doble puñalada traicionera, la conmovida inscripción de las tumbas contiguas en el foso subterráneo. Su extraña voz, ronca y resonante, le imprimía a lo que decía un aura encantada de cuento de hadas.

—Por aquí paseaban los reyes —suspiró cortando el aire sin viento con las manos, como si tocara formas invisibles—. ¿No sientes su presencia?

—Estás loca. Aquí no hay nadie más.

—Puedo estar loca. Pero te aseguro que no estamos solos.

La seguridad casi mística con que hablaba me hizo reír. Claudine rió también.

—¡Ríete, ríete nomás que ahí están a tu lado!

Regresamos a la hostería con las primeras sombras. Claudine se fue luego a su departamento, no sin antes proponerme un día de excursión por la Périphérique. Esa noche llovió y yo dormí al compás del agua que corría tremante por el cristal de mi ventana. Tres golpecitos contra la puerta me despertaron a la mañana siguiente. Era Claudine que me invitaba, con una gran sonrisa, a desayunar. Desayunamos café y croissants con queso en una mesa larga, en compañía de las ancianitas que se enfrascaron en una divertida discusión sobre las propiedades medicinales del vino.

Mi conversación pendiente con madame Leonor sobre el pago del alquiler fue breve y de una cortesía casi comercial. Además, el precio fijado resultó mucho más barato de lo que me imaginaba. No bien firmé una especie de contrato, Claudine y yo nos fuimos a tomar el tren con rumbo al Sur. Nos bajamos en el pueblo de Chantilly y conseguimos colarnos con un grupo de turistas a la visita guiada por el castillo de Luis Enrique de Borbón. Era una inmensa construcción de muros grises, tejados de pizarra azul y una hermosa capilla gótica. Desde los ventanales se divisaba un antiguo bosque de hayas y robles polvorientos. Claudine, por lo visto, tenía una fascinación inusitada por los castillos medievales, aunque los comentarios de la guía la aburrían sin remedio.

—Esta tipa nos trata como niñitos de colegio —se quejó.

—La pobre hace lo que puede.

—Mejor quedémonos por acá.

Claudine me jaló del brazo hacia un estrecho corredor que desembocaba en un portón de madera. Entramos a un cuartito en penumbras. Las paredes de piedra almenada tenían la consistencia de un foso. Claudine empujó el portón y cerró la llave de metal chirriante. Casi no la veía.

Iba a decirle que lo que estaba haciendo era una locura, pero me tapó los labios con la mano.

—Cállate —musitó con la respiración agitada—. No vayas a romper la magia.

Entonces me arrinconó a una pared. Sentí su boca húmeda, sus pechos de duros pezones apretándose a mi cuerpo. Repasé suave, ansiosamente su delicada grupa alzada. El breve pero tenso cuerpo de Claudine respondía a mis caricias con una intensidad quemante, una furia de ondina desatada.

Palpé su precioso cuerpo esa tarde. Pero no fue sino hasta esa noche, en mi buhardilla, cuando terminamos de recorrer la Périphérique, que pude verla desnuda y hacerla mía.

Claudine se había quitado la ropa con una gracia distraída y estaba parada frente a mí. Su pálida piel, la punta rosada de sus senos, el vello sedoso y negro, todo resplandecía en la penumbra tamizada por los visillos vagamente corridos. Yo la contemplaba con ternura, echado sobre la cama.

—Es raro —dijo, acomodándose un mechón de cabello que le caía sobre la cara.

—¿Qué es raro? —pregunté como para darle gusto, ya algo acostumbrado a sus diálogos oblicuos.

—Es como si nos hubiéramos conocido antes; en otra vida, quizás.

—No sé a qué te refieres exactamente, Claudine, pero estoy seguro de que París no hubiera sido lo mismo sin ti.

Se quedó un instante en silencio y me miró a los ojos para ver si era sincero.

—Totalmente de acuerdo —sonrió orgullosa antes de acostarse a mi lado.

Esas singulares salidas y conversaciones con Claudine me dieron la idea de escribir un cuento: la historia de una muchacha aficionada a los inventos que construye un aparato para capturar seres invisibles. Ese sería el primero de una serie de relatos ambientados en París y contados por diversos narradores, aunque en el fondo se tratarían de álgter egos o reelaboraciones simbólicas de aquella voz que abriría y finalizaría la serie. El proyecto del libro me rondaba la cabeza desde algunos meses atrás. Pero no había por qué apresurarse: la realidad de París se prometía plena de situaciones estimulantes y yo debía tomarme un tiempo prudencial para poder aquilatar las nuevas experiencias.

Estuve toda la mañana del sábado revisando periódicos y revistas que recogí de la mesa de la sala, después del desayuno. Claudine no pasaría por la hostería sino hasta la noche: tenía que preparar un material para sus clases. Encontré un aviso de *Le Nouvel Observateur* en el que solicitaban un corrector de textos que, además del francés, dominara el castellano. Yo cumplía con ciertos requisitos: conocía el oficio y había ganado alguna vez un concurso de ortografía en francés. Pero me imaginé que se presentarían numerosos postulantes muchísimo más calificados, y sobre todo de nacionalidad francesa. De todas formas, como para dar una vuelta por el centro, me presenté por la tarde con mis papeles. Increíblemente, solo había dos postulantes más: una profesora de primaria cesante y un administrador de empresas sin empleo que, veinte años atrás, había trabajado en un periódico. De manera que el entrevistador, el jefe de la sección de corrección, monsieur Lenast, nos hizo pasar a los tres a su oficina. Era un viejo alto y elegante, muy cortés, de porte y bigotes quijotescos, con una vocecita atiplada que se entrecortaba por los continuos carraspeos, aunque con

una estupenda sintaxis oral. Rodeado de todos esos estantes repletos de libros, parecía un antiguo maestro universitario, imagen que yo admiraba pero a la que secretamente temía algún día encarnar. Nos explicó que el diario planeaba lanzar una serie de fascículos sobre escritores latinoamericanos de este siglo, y que por esa razón se necesitaba el manejo de ambos idiomas. Luego revisó nuestros currículos y nos hizo un par de preguntas generales; mi condición de extranjero no parecía llamarle la atención. «Aquí lo que importa es la calidad de su trabajo», concluyó entregándonos a cada uno un lapicero rojo y un par de páginas de prueba. «Tienen veinte minutos para corregir esto». El examen no me pareció tan complicado, pero mi manía perfeccionista y mi afán por quedar bien me provocaron un fuerte dolor de cabeza. Como de costumbre, se nos dijo que se llamaría al que fuese elegido. Para relajarme un poco decidí dar un paseo por los muelles del Sena y tomarme un café en el Flore antes de ver a Claudine.

Al regresar a la hostería, oí una música como de violín bajando desde mi altillo. Metí la llave a la cerradura y entorné la puerta con cuidado. Claudine estaba sentada en la silla, cerrados los ojos, las piernas abiertas, tocando concentradísima un chelo. Era una presencia iridiscente cuyos destellos se transparentaban en la penumbra azul. No pude reconocer qué melodía era, pero fluía en el aire con la serena cadencia del agua suelta. Claudine abrió los ojos sorprendida y le hice una señal con la mano como para que continuara. Yo me senté en un rincón, maravillado de escucharla y de verla así, replegada y extática, nimbada por ese virtuosismo prodigioso que producían sus manos. Cuando terminó de tocar me paré y me acerqué a besarla, pero ella me volvió la cara, guardó el chelo en el estuche y se fue sin

despedirse, sin decirme una sola palabra, arrastrando su instrumento como si fuera un pesado fardo.

No traté de seguirla: al imprevisible concierto podía suceder la imprevisible huida de una imprevisible Claudine. Pero lo que sí me extrañó fue que, a la diez de la noche, cuando yo ya estaba a punto de dormir, una de las ancianitas tocara la puerta de mi cuarto para darme un recado telefónico de Claudine: se disculpaba por no haber podido asistir a nuestra cita de esa noche.

Al otro día Claudine me despertó tempranísimo. Tenía un nuevo plan de excursiones. Le recordé los hechos de la noche anterior y le pregunté si podía explicarme su conducta.

—¡Ah, sí! —dijo con total naturalidad—. Esa no soy yo.

—¿Quién es entonces? ¿Tu doble?

—No. Yo diría que era más bien mi fantasma. Toda esta casa está llena de fantasmas, ¿no lo sabías?

—O sea que estando viva puedes tener un fantasma.

—Es que no es como todos piensan —pestañeó levemente—: los fantasmas pueden tomar la forma que quieran. Quizá sea un duende disfrazado de mí.

—Eso quiere decir que tú no tocas el chelo.

—Ni el chelo ni nada —se excusó con pena—. Puedo sentir la música y bailarla, pero soy incapaz de tocar dos notas seguidas.

Sonreí divertido. El candor, la fresca imaginación de Claudine me enternecían. Parecía ser la solitaria protagonista de un cuento de hadas. Una versión personal de *Alicia en el País de las Maravillas*. Decidí seguirla la corriente.

—¿Y ahora con quién voy a salir? ¿Con la verdadera o con la fantasma? —pregunté, falsamente confundido.

—Con la verdadera, por supuesto. Y ni se te vaya a ocurrir coquetear con la fantasma.

Fuimos al bosque de Compiègne. Nos internamos en un caminito de sombras ramificadas y manchas de flores azules. Recorrimos el pueblo ruinoso y almorzamos en una tasca tradicional, atendidos por unas robustas y simpáticas campesinas que servían la comida en añosos mesones de madera. Por la tarde visitamos el castillo de Pierrefonns, una fortaleza castrense en cuyo torreón principal había permanecido en cautiverio una princesa albina por tener amoríos con un músico plebeyo. Claudine insistió en que nos separásemos de los demás visitantes y subiéramos a la torre. Yo había visto el cielo ennegrecido y temía que al desatarse una lluvia torrencial se suspendiera la visita y nos quedásemos encerrados, pero Claudine me llevó casi a rastras. Hicimos el amor sobre una cama de pajas parduscas, oyendo el fragor del viento gris danzando entre las copas de los árboles. Una rama de más de medio metro pasó silbando por la ventana de estucos como un espectro desesperado y terroso. Pero solo cuando volvimos a juntarnos con el grupo de turistas, empezó a llover. Bajo los pliegues de esa agua rugiente y humeante, disfruté de cómo la cabellera negra y las espesas pestañas de Claudine iban adquiriendo un tenue fulgor sedoso mientras corríamos por una cuesta empinada y luego por un sendero de grava súbitamente enlodados. Llovió con tanto ruido e intensidad que el furor del agua nos acompañó hasta que llegamos a la hostería, ya muy entrada la noche.

La mañana del lunes fue árida y aburrida sin Claudine. Pero a la hora del almuerzo recibí una llamada de *Le Nouvel*

*Observateur*: aunque me costara creerlo, me habían escogido para el puesto. Demoré lo menos posible en presentarme a la oficina del jefe de correctores. Monsieur Lenast me recibió con inexpresiva seriedad, pero me alcanzó unas palabras de bienvenida. Trabajaríamos tres personas, según me hizo saber: él, un tal Pierre y yo. El horario sería de madrugada, pues las oficinas estaban ocupadas todo el día en la edición del diario. «Mañana mismo empiezas», me advirtió. Después de llevarme con el contador para registrar mi ingreso, me mostró las instalaciones del periódico; solo al final del recorrido vi mi oficina, un cuartito tenebroso que había servido no hacía mucho de despensa. «Aquí tienes lo básico», carraspeó monsieur Lenast señalándome un par de escritorios apolillados sobre los que descansaban diccionarios y enciclopedias. «Si necesitas otros libros, no dudes en subir a pedírmelos, muchacho».

Me quedé el resto de la tarde dando vueltas por las calles del centro, feliz y ansioso de ver a Claudine para contarle la buena noticia. Cuando regresé a la hostería me alegró volver a escuchar la música del chelo. Me quité los zapatos y entré de puntillas al altillo. Claudine planeaba por la neblina azul de lejanos cielos concéntricos, con los ojos cerrados y el lacio cabello suelto contra la cara. Me paré a su lado y posé con suavidad mi mano izquierda sobre su pequeño rostro. Esta vez Claudine continuó tocando sin inmutarse y yo sentí su aliento tibio en la palma de mi mano, las órbitas de sus ojos girando serenamente bajo las yemas de mis dedos trémulos. Descendí con lentitud hasta tocar sus labios húmedos. «Yo no te conozco», musitó. «Yo tampoco te conozco», respondí siguiendo su juego. Luego coloqué mis dedos en el pliegue cálido de la comisura de su boca y ella empezó a abrir levemente los labios, a besar mis yemas,

a morder con delicadeza la recortada superficie de mis uñas. Yo me volví, bajé mi rostro hasta su altura y reemplacé mis dedos por mi boca. Claudine percibió el cambio, se crispó, entreabrió los ojos, pero al instante los volvió a cerrar y correspondió a mi beso. Fue un beso breve pero intenso, de sensaciones mutuamente inéditas, como si por primera vez hubiera besado a Claudine, o como si esta fuera otra Claudine, menos impulsiva aunque más entregada. En el momento en que nuestros labios se separaron, Claudine dejó de tocar y abrió sus grandes ojos para mirarme desde un punto ciego donde habitaban la confusión y la ternura. «Creo que me estoy enamorando de ti», atiné a decirle. Entonces volví a besarla, acaricié su delgada nuca, hundí mis dedos entre sus cabellos revueltos y la llevé cargada hasta la cama.

Al despertarme varias horas después, Claudine ya se había ido. Un fulgor centelleante de sol se metía por la ventana e iluminaba el descorrido acolchado azul que había cobijado su cuerpo. Bajé a tomar desayuno con las ancianitas. Madame Leonor presidía la mesa y, como siempre, como en cada una de las oportunidades en que habríamos de cruzarnos las miradas, me atendió secamente para después ignorarme. De regreso a mi cuarto, encontré de nuevo a Claudine recostada sobre la cama recién tendida. Se había cambiado de ropa, pero se veía preocupada.

—Lo siento —se disculpó al verme—. Anoche no pude venir porque me quedé hasta muy tarde arreglando unos papeles para la embajada.

—Ni me di cuenta —sonreí con buen humor—. La pasé de maravillas con el cuerpo de tu fantasma o de tu doble o lo que fuera.

Creo que no le gustó mi comentario porque frunció el ceño y permaneció en silencio, pensativa. En todo caso, la imprevisible Claudine me proponía jugar y luego, sin ninguna transición, se arrepentía. Cambié de tema. Le conté lo de mi trabajo en el periódico.

Claudine brincó de alegría y saltó a mi cuello para felicitar-me.

—¡Por qué no me lo contaste antes! —exclamó besándome en la boca— ¡Es una noticia maravillosa! ¡Tenemos que celebrarlo!

Fuimos después del almuerzo a tomar unos vinos a la Closerie des Lilas, un bar del boulevard Montparnasse, famoso porque ahí Hemingway escribió *Fiesta*. Yo tomé unas cuantas copas, pero Claudine se entusiasmó tanto y acabó tan borracha, riéndose y tropezándose con cualquier cosa, que tuve que llevarla en un taxi hasta su departamento (vivía en un pisito de la rue du Bac, al final de un pasaje semioculto por fragantes abetos en flor). Al acostarla en su cama volvió a felicitar-me y me comentó con voz chispeante y sonrisa adormilada que tenía muy buenas referencias de monsieur Lenast, pues era un antiguo conocido de su familia.

Estuve en la oficinita del periódico media hora antes de lo indicado. Al poco rato llegó mi compañero. Pierre era un gordito de gruesos anteojos, con una locuacidad desenfrenada y una risa y unos movimientos nerviosos que le daban un aire caricatural y divertido. No debía de tener más de veinte años. Estudiaba Literatura en La Sorbona, y trabajaba desde hacía poco en el diario. Apenas le informé que era peruano, empezó a hablarme de los escritores latinoamericanos que conocía. Era un amante impenitente del barroco castellano, afición que se notaba por la multitud de

libros que me citaba y, sobre todo, por la demorada excitación con que insertaba algunos arcaísmos españoles en su difícil francés. Hubiera seguido hablando sin parar si no se presentaba en ese momento nuestro jefe a entregarnos el trabajo para ese día. Una vez que nos dio las pruebas de imprenta, monsieur Lenast me invitó a salir de la oficina para decirme algo en el corredor. «Pierre es un muchacho responsable y muy culto», me explicó como si me contara un secreto. «Pero a veces recarga la sintaxis y los adjetivos, así que tú vas a hacer una segunda corrección sobre lo que él ya ha corregido». Las cuartillas que me tocaron formaban el capítulo correspondiente a Vargas Llosa. Yo había dirigido en Lima un taller sobre mi compatriota y admiraba su obra, pero Pierre, movido quizá por una pasión desmedida, no solo había cargado las tintas sino que había agregado oraciones laudatorias de su propia cosecha. Por ejemplo, donde decía «notable construcción narrativa» había puesto «arquitecto de palacetes principescos en el informe adobe de la palabra». En eliminar algunos epítetos y aligerar el fraseo de Pierre se me fueron las seis horas.

Llegué a la hostería rendido. Desde la ventana del comedor vi a las viejitas jugando con bullicioso entusiasmo una partida de bridge. No había dormido más de unas cuatro horas cuando sentí entrar a Claudine. Cerró la puerta y se quedó parada en el vano, mirándome con un halo de dulce extrañeza. La invité a acostarse conmigo. Tuve que insistir varias veces para que se acercara a la cama. Era otra vez la Claudine tímida y silenciosa, esa Claudine que no tomaba la iniciativa sino que me obligaba a seducirla y atraerla. Besé sus delgados dedos evasivos, el vello mullido de su brazo. Así fui venciendo su momentánea timidez, hasta que se dejó envolver en mi abrazo.

Confieso que en el transcurso de ese primer mes en París no me fue difícil irme adaptando a esos insólitos cambios de actitud. Todo estaba en saberlos reconocer en su debido momento. Si Claudine subía a mi altillo locuaz y extrovertida, aceptaba gustoso sus invitaciones a recorrer los extramuros de la ciudad, disfrutaba su obsesión por los bosques y los castillos medievales, atendía con unción sus historias de fantasmas y los caprichos de su exacerbado erotismo infantil. Si en cambio venía callada e intimidada, me ahorraba yo también las palabras y las salidas, la seducía con la pura gestualidad y el leve lenguaje de las miradas, mientras ella me prodigaba su ternura silenciosa y sus estremecidas interpretaciones de chelo. Esa era una Claudine tal vez doblemente enloquecida, aunque sin duda enteramente mía.

Entretanto, cada vez me asentaba más en mi trabajo en el diario. Pierre me hacía sufrir con sus añadidos y su barroquismo intelectual, pero me divertía el apasionamiento febril con que corregía y me gustaba conversar con él sobre literatura. Tenía una actitud casi teatral: hablaba (monologaba, más bien) gesticulando, moviendo las manos, riéndose estruendosamente, y se ponía a dar brincos en los momentos de mayor excitación. Aparte de cierto parecido físico, había algo en él que me recordaba al adolescente entusiasta y desenfrenado que había sido yo. Además, tales eran su versación y la voracidad de sus lecturas, que sin darse cuenta me contagiaba su emoción y me ensanchaba el horizonte de libros y autores por leer. Con frecuencia continuábamos nuestras charlas en las mesitas de mármol del Deux Magots, fumando y tomando café, y solo regresábamos a nuestros respectivos cuartitos cuando los nubarrones desaparecían y las vetas violetas y moradas del cielo vi-

raban a un blanco luminoso. A veces, si terminábamos temprano, nos íbamos con monsieur Lenast a un sótano de la rue Lanion a escuchar a una cantante argelina que imitaba maravillosamente el estilo y la voz de Juliette Gréco. Allí, en medio del humo y las luces mortecinas, monsieur Lenast nos contaba numerosas anécdotas. Había conocido a Hemingway y a Miller, a Sartre y a Camus, y recordaba con la exquisita oralidad de su voz temblorosa las reuniones conspiratorias, los gestos de grandeza, las disputas intrascendentes o innobles. Allí también, después del espectáculo, lo escuchábamos recitar deslumbrados algunos poemas de Verlaine y Novalis y, flor de flores, pasajes completos de *En busca del tiempo perdido*, obra monumental que siempre me había atemorizado pero que a partir de entonces empecé a leer con delectación y fervor casi religiosos. Al parecer, monsieur Lenast era otro enamorado de la literatura y en su juventud (como me enteré tiempo después) había llegado a publicar un fino libro de poesía erótica; sin embargo, los muchos años en el oficio lo habían convertido en un editor a tiempo completo, incapaz de trascender, por timidez o por desidia, aquel auspicioso paso inicial.

Un día, me aparecí por la hostería como al mediodía, pues luego de la *cave* nos habíamos ido a husmear por las pequeñas librerías de viejo del Barrio Latino. En el instante en que abordaba la escalera en espiral, pude ver por la ventana del comedor la negra cabellera de Claudine, su breve torso cubierto por una blusa color malva. Preferí subir al altillo desde dentro de la casa. Recorrí el vestíbulo por si acaso, pero no la encontré. Seguramente me había parecido verla. Sin embargo, cuando trepé la escalera interior, me la crucé en el descansillo. Ahora estaba vestida con un overol blanco, y llevaba el cabello amarrado bajo una gorra de

pompón rojo. O yo estaba demasiado cansando, o en esa casa había dos Claudine.

—Te acabo de ver abajo —le dije sin disimular mi sorpresa—. No creo que te hayas cambiado de ropa en un segundo.

Me miró a los ojos. Dudó un instante antes de responder.

—Ah, la de abajo; esa no soy yo. Debe de ser Claudette.

—Claro —dije algo irritado—. Ahora resulta que yo también puedo ver a tu fantasma y que encima tiene un nombre parecido al tuyo.

Me volvió a mirar a los ojos.

—No puedo creer que no te hayas dado cuenta. Esa es Claudette, mi hermana gemela. Aunque, claro, es tan callada que parece mi fantasma. En realidad es como mi fantasma.

Traté de ver las cosas serenamente.

—Estás diciendo que tienes una hermana gemela y que yo estoy con las dos.

—Está clarísimo, ¿no? —sonrió con desenfado—. Eres todo un donjuán.

La tranquilidad con que lo decía me desesperaba. Pero yo tenía que averiguar otras cosas.

—Quiere decir que las dos lo saben. Que están jugando conmigo.

—Nadie juega con nadie. Yo te conocí primero. Después apareció ella. Yo sé que tú me quieres a mí; lo que haga ella no me importa. Te digo que es como mi fantasma, una sombra.

—¿Y qué piensa ella?

—Mira, es muy difícil de explicarlo. En el fondo somos como una misma persona: a veces sentimos igual, pensamos igual. Yo voy a hablar con ella, no te preocupes. Para la fiesta va a estar todo arreglado.

—¿Qué fiesta?

—Qué tonta. Me olvidé de avisarte. Hoy es cumpleaños de una de las abuelitas. Se lo vamos a celebrar a la medianoche; va a ser una reunión familiar. Claudette y yo ofrecemos un numerito, una tontería que hacemos desde chiquitas para recordarles sus buenos tiempos. Trata de salirte un poco antes del trabajo.

No le aseguré nada. Le dije que estaba muy cansado, que necesitaba estar solo. Subí al altillo a descansar. Intenté dormir, pero a las tres horas de brumosa duermevela desistí. Me fui entonces a caminar por el Barrio Latino. Se me ocurrió tomar una botella de vino en el café Danton.

Las horas que siguieron fueron de incertidumbre y confusión. Me encontré de pronto caminando por los muelles del Sena, sin saber qué hacer. Iba mirando las barcas bamboleantes, las salpicaduras de sol esparcidas sobre el agua trémula y torrentosa. Caminé hasta un puente muy alto, idéntico a uno que había soñado de niño, y en cuyo tenue resplandor me descubrí pálido y apesadumbrado. No sé muy bien cómo llegué a subir al *métro* ni cuántas horas estuve sentado dentro de un vagón medio vacío, tratando de poner en orden mis pensamientos, pero cuando tomé conciencia de mi estado ya había anochecido, y el *métro* se estaba llenando de numerosas personas que regresaban a su casa de trabajar.

Me bajé en la estación del centro. Caminé hasta el diario y me lavé la cara en el baño. Estuve revisando el trabajo del día anterior, hasta que se apareció Pierre. Verlo, recibir su efusivo saludo, oír sus comentarios apasionados e hilarantes sobre la última novela que estaba leyendo, me devolvieron la tranquilidad. Pierre hablaba, bufaba, se reía, se quejaba sobre la única cosa que parecía existir para él en el mundo: la literatura. Le recordé que monsieur Lenast

llegaría en cualquier momento, pero él me despreocupó diciéndome que se había tomado el día libre y que podíamos salir más temprano. «Te noto un poco tenso», dijo. «Creo que te estás tomando las cosas muy a pecho». Le respondí que probablemente. «París es mucho más que esto y tu hostería», sonrió con los ojos exaltados. «Es *casi casi* como el buen libro que a mí me gustaría leer y a ti escribir». Nos reímos. A las tres de la mañana ya habíamos terminado el trabajo, de manera que decidimos dejar el diario. Pierre propuso tomarnos un café, pero yo preferí irme a mi cuartito.

Cuando llegué a la hostería, el cielo estaba todavía oscurecido. Escuché voces y una canción romántica de Edith Piaf que venían desde la primera planta. Me acerqué a mirar por el vidrio polvoso de la ventana. Envueltas en la luz vacilante de los lamparines de la sala, las viejitas contemplaban desde los sillones un cuerpo ondulante en la oscuridad. Agucé la vista y me di cuenta de que en realidad eran dos cuerpos desnudos restregándose sobre la alfombra. Madame Leonor estaba de pie, a un costado. En la penumbra violeta se distinguían sus ojos secos y nublados, el gesto plácido o abotagado de sus labios entreabiertos. Las viejitas no se movían de su asiento, pero hacían comentarios en voz baja. No hay palabras para describir lo que sentí cuando reparé en que ese ondular de piel clara, esas frágiles piernas plegándose unas a otras, esas bocas fundidas en las tinieblas, eran de Claudine y Claudette. Mi aliento helado blanqueó el cristal de la ventana. No tuve tiempo para recuperarme porque en la fría neblina de mi turbación vi que uno de los espectadores era monsieur Lenast.

Retrocedí unos pasos. No sé cómo pero entonces perdí el foco de la visión y mi mente cambió esa imagen por la de

un esplendoroso e inacabado palacio árabe. Lúcido, súbitamente sereno, recordé esa antigua costumbre de los árabes de mantener sus casas a medio construir por temor a que una vez terminadas entrase la muerte.

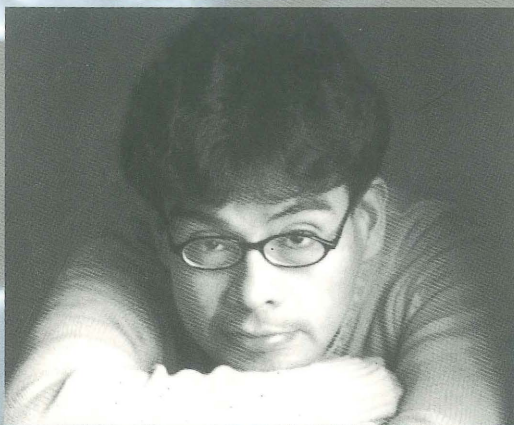
Saqué la llave del bolsillo de mi pantalón y la arrojé sobre la grava húmeda del jardín. Esa casa ya no tenía nada que ofrecerme: era un sueño acabado. O, mejor, un desvanecido simulacro de sueño, una repetición espectral de mi vida en Lima, donde había hecho todo menos escribir. En la puerta de la despensa estaban estacionadas dos bicicletas. Afortunadamente, no tenían candado. Escogí la de color azul. El viento rumoreaba entre los árboles cercanos, y el cielo estaba lleno de nubes blancas y destellos grandiosos. Me sentía como liberado. Monté en la bicicleta, me puse mi *walkman* y me fui en busca de otras calles, de otro pedazo de cielo azul, de la hermosa vida. Al fin y al cabo, pensé mientras me alejaba, estaba en una ciudad muy grande y si no encontraba el París que yo buscaba, aún podía inventármelo.



## ÍNDICE

París era la flor de Coleridge .....	11
El resplandor de Céline .....	17
De un azul purísimo .....	27
Un invierno hospitalario .....	47
La tierra más lejana .....	59
Historia de Berenice y el cantante olvidado .....	71
El cazador invisible .....	85
Carta de mamá .....	101
La verdadera flor de Coleridge .....	107

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE  
**TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA**  
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA  
Correo e.: [tareagrafica@terra.com.pe](mailto:tareagrafica@terra.com.pe)  
TELÉF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582  
JUNIO 2002 LIMA - PERÚ



MARCO GARCÍA FALCÓN · París personal

Los nueve cuentos de este libro desarrollan tres motivos narrativos: el viaje, la ciudad y el encuentro fundamental que es también una forma de reconocimiento. A través de ellos se nos muestra otra versión del sueño parisino, como suma de esteticismo e impulso transformador. Sin embargo, no es una visión ingenua. Se advierte desde el inicio: París es aquí una ciudad de palabras, un melancólico *puzzle* de textos evocadores, conjurados por sus más célebres huéspedes. Bajo esta mirada se retratan espíritus hambrientos de aprendizaje sentimental, intelectual, artístico. Así, en un envolvente movimiento de escritura que se va transformando en un verdadero viaje, se desplazan las variantes de un mismo espectro psicológico que el autor nos propone en busca de un panorama completo de esta ciudad bifronte: fetiche de escándalo y Arcadia.

Ajuste de cuentas con una frondosa tradición, *París personal* es, ante todo, un libro bello, escrito para el goce del lector. Pero constituye, también, una primera entrega, notablemente madura, que hace de su autor una grata y bienvenida revelación.



ISBN 9972-42-471-5



9 799972 424716